

PROBLEMAS CONTEMPORANEOS

Oswald Spengler

PRUSIANISMO
Y
SOCIALISMO



E
Ediciones

N
Nacionales y

E
Extranjeras

PRUSIANISMO Y SOCIALISMO

PROBLEMAS CONTEMPORANEOS

Oswald Spengler

PRUSIANISMO
Y
SOCIALISMO



E
Ediciones

N
Nacionales y

E
Extranjeras

1935

INTRODUCCION

Esta obra es consecuencia de las anotaciones que se me presentaban durante la confección de la "Decadencia de Occidente", en especial con referencia al segundo tomo, los que fueron la simiente con que se ha desarrollado esta filosofía.

El término "socialismo" no es la cuestión más profunda, pero sí la más bullada de nuestro tiempo. Cualquiera lo emplea. Cada uno lo comprende bajo distinta forma. Cada uno adorna este término de batalla con lo que le agrada o con lo que aborrece, con lo que teme o con lo que desea; pero nadie contempla las condiciones históricas en lo más elemental, como tampoco en lo más amplio. ¿Viene el socialismo a constituir un instante o es un sistema? ¿Es el anhelo supremo de la humanidad, o es nada más que un período transitorio del hoy o del mañana? ¿Se identifica con el marxismo?

VIII

El defecto de todos los que lo desean, es que confunden lo que debería haber sido con lo que habría de ser en el futuro. ¡Cuán rara es la visión independiente con respecto a los acontecimientos! No alcanzo a divisar a nadie que haya comprendido el camino de esta revolución; su ideología, su duración y su terminación. Se confunde una situación del momento con una época, el año próximo con el siglo venidero, las ocurrencias con las ideas y los libros con el individuo. Estos marxistas son solamente fuertes en la negación y fallan en lo positivo. Al fin se llega a comprender que su maestro no ha pasado de ser un crítico y nunca un creador. Para un mundo de lectores ha dejado nociones. Su proletariado, inspirado y satisfecho por la respectiva literatura, viene a constituir una realidad al rechazar las realidades de la época, pero sin representarlas. Hoy se vislumbra que Marx no ha pasado de ser sino el padrastro del socialismo. Le son propios, rasgos más antiguos, más fuertes y más profundos que la crítica que él ha hecho de la sociedad. Existían sin que él los estableciera y han seguido desarrollándose sin ella y también en su contra. No están establecidos en el papel, pues fluyen en la sangre. Y sólo la sangre viene a resolver respecto del futuro.

IX

Pero ahora, si el marxismo no es socialismo ¿qué es lo que es? Tenemos aquí la respuesta. Ya en la actualidad se le sospecha, pero repleta la cabeza de planes, puntos de vista, finalidades, no hay el valor para comprenderla. Se rehuyen las decisiones y se hace abstracción de las más enérgicas y antiguas hacia comprensiones más benévolas como las de Rousseau y Adam Smith, entre otras similares. Ya cada paso va dirigido contra Marx, para cada paso recurrir a él. Sin embargo, en el intertanto, ha fenecido la época de los partidos políticos. Nosotroz, los individuos de Occidente, nos hemos vuelto escépticos. Los sistemas ideológicos no lograrán confundirnos. Los programas son atributos del siglo pasado. No descomamos fraseologías, pues nos consideramos a nosotros mismos. Y con ello hemos planteado la cuestión que consiste en liberar de Marx al socialismo alemán. Nos referimos al socialismo alemán, pues no existe otro. También esto viene a constituir una comprensión que no debe seguir oculta. Nosotros, los alemanes, somos socialistas, aunque jamás nos habíamos percatado de ello. Los otros pueblos no lograrán serlo.

Trazo aquí no una de aquellas reconciliaciones, alguna retracción o un desahucio, sino que trazo un destino. No se escapa uno de

él cuando cierra los ojos, se le niega, se le combate o se le trata de esquivar. Son todos diferentes modos de cumplirlo. **DUCUNT VOLENTEM FATA, NOLENTEM TRAHUNT.** Espíritu prusiano primitivo y sentimientos sociales que en la actualidad se odian con odio entre hermanos, son una misma cosa. Esto no lo enseña la literatura, sino la inexorable realidad de la historia, en la que la sangre, hecha cuerpo, atropella a los meros ideales, a las frases y a las conclusiones.

Me dirijo en esta forma, a aquella parte de nuestra juventud que es lo suficientemente consciente para separar de la acción vil, de la fanfarronería y de los propósitos estériles, lo fuerte e invencible y que prosigue en su camino a pesar de los pesares. Me refiero a la juventud entre la que el espíritu de los antepasados ha adquirido formas animadas, que le permite poder cumplir con un destino en un ambiente de pobreza y de resignación, con orgullo romano, a pesar de encontrarse bajo servidumbre, con espíritu de humildad dentro del tono de mando, sin pedir derechos a los demás, sino en demanda de obligaciones para con respecto a sí misma; jóvenes todos sin excepción y sin diferencia, decididos a cumplir con el destino, el que comprenden lo forjan ellos. Es una comprensión tácita que subordina al individuo dentro de un todo, lo más sagrado y

XI

profundo, una herencia de duros siglos, lo que nos distingue de otros pueblos en lo más bisono y supremo de nuestra cultura.

A esta juventud mis palabras. Quiera comprender las cargas que pesan sobre su porvenir y comprendiéndolas con orgullo, le será dado soportarlas.

LA REVOLUCION

La historia no conoce pueblo alguno cuya historia sea constituida en forma más trágica. En las grandes crisis todos los demás combatían por el triunfo o la derrota; nosotros siempre hemos luchado por la victoria o el aniquilamiento, comprendiendo desde Kolin y Hochkirch, Jena, las campañas de liberación, donde, todavía en territorio francés, se trataba, previo entendimiento entre los confederados y de Napoleón, de repartirse la Prusia; hay que evocar también esa desesperante hora de Nikolsburg, en la que Bismarck consideraba el suicidio y a Sedán que evitó una declaración de guerra de Italia y con ello una ofensiva de las potencias limítrofes, hasta la tempestad de la terrible guerra, extendida por sobre todo el planeta y cuyos choques recién terminan.

Sólo el pueblo de Federico el Grande y el de Bismarck, podía arriesgarse a presentar semejante resistencia.

En todas estas catástrofes, alemanes han enfrentado a alemanes. Pertenecen a lo superficial de la historia, que en muchas ocasiones era tribu contra tribu o príncipe. En lo más profundo vemos esa desaveniencia, propia de cada alma alemana, y que ya en los tiempos góticos se realzaba de manera tenebrosa en las figuras de Barbarroja y de Enrique, el león. ¿Quién lo ha comprendido? ¿Quién comprende la reencarnación del duque Widukind en la persona de Lutero? ¿Qué anhelo hizo combatir a todos esos alemanes en favor de Napoleón, que con sangre francesa invadió al continente con ideas inglesas? ¿Qué relación hay en lo más íntimo entre el enigma de Legnano con el de Leipzig? ¿Por qué consideró Napoleón como empeño supremo el aniquilamiento del pequeño mundo de Federico, a pesar de haberse convencido de que no podía lograrlo?

La guerra mundial, en el atardecer de la cultura occidental, constituye el formidable choque entre ambas ideas germánicas, que como todas las ideas verdaderas, no se expresan, sino que se experimentan. Desde el estallido aparente, la lucha de los Balcanes en 1912, revistió la forma exterior de una guerra entre dos grandes potencias, de las cuales la una

contaba con las simpatías de nadie y la otra con las de casi la totalidad del resto del mundo. Terminaba por el momento en la forma de guerra de trincheras y de los millones de soldados en descomposición. Pero ya aquí encontramos al momento, una nueva fórmula del contraste que desde luego quedó establecido sobre los términos de batalla: "**socialismo y capitalismo**", de una manera muy superficial y bajo la influencia de la sobrevalorización heredada del siglo anterior, derivada de condiciones puramente económicas. Bajo ellas se escudó la suprema cuestión de conciencia del hombre fáustico.

En esos instantes se les revela a los alemanes el enigma napoleónico. Contra esta obra maestra de Estado, nuestra creación genuina y más pura, tan propia que ningún otro pueblo la ha comprendido ni podido imitar, que era odiado como todo lo satánico incomprensible, las emprendía el ejército inglés de Alemania.

2

Y así sucede. Lo que se fraguaba para darnos un golpe mortal no era precisamente una traición al espíritu de ciudadanía mundial o por razones peores; fué más bien un impulso metafísico entusiasta y honradamente patriótico, pero por la mera razón de existir cons-

tituía un arma siempre pronta contra cualquier enemigo, en concordancia con la práctica profundidad del inglés; una concepción fatal de deseos políticos, ideas y concepciones, que sólo un inglés es capaz de comprender, dominar y aprovechar. Para los alemanes, a pesar de las violentas pasiones y del absoluto espíritu de sacrificio, nada más que un impulso para una actividad de profanos, destructor, tóxico y suicida en sus resultados con respecto a la estabilidad estadual. Fué el ejército inglés invisible que Napoleón había dejado abandonado desde Jena sobre los suelos alemanes.

La ausencia del tacto por las realidades es lo que se ha erguido en cruel destino y viene a constituir su historia como una serie de catástrofes ininterrumpidas, desde los tiempos de los emperadores antiguos, cuando estos ilustres personajes hacían caso omiso de las exigencias del momento, hasta la época de la ingenua y provincial hombría de bien, que ha recibido la designación de "Miguel alemán". Esta sonsería es el resultado de nuestra incapacidad que ha producido el enfado por las realidades superiores que demandan labor y discernimiento, de hacer críticas en horas impropias, y del deseo de reposo a deshora, de ir a caza de ideales en vez de proceder con acción inmediata, de efectuar maniobras rápidas en

vez de hacer un juicioso estudio, el pueblo como un tropel de criticones y los representantes del pueblo en reunión alrededor de un mesón de cantina. Todo ello pretende asumir el modo de ser inglés, pero apenas en forma de caricatura alemana. Ante todo, la pretensión de ostentar un resto de libertad individual y de independencia garantida que se muestra precisamente cuando John Bull lo ocultaría.

El 19 de julio de 1917 es la fecha del primer acto de la revolución alemana. No lo constituyó un simple cambio en la conducción, sino un golpe de Estado del elemento inglesado, que se aprovechó de la ocasión. No fué una rebelión contra un incapaz sino que contra el Poder como tal. ¿Incapacidad del gobierno estadual? ¿Habrán podido notar estos grupos entre los que no había hombre de Estado alguno, la espina en el ojo de los responsables? ¿Podían presentar en vez de las cualidades de que carecían, nada más que los principios ideológicos? No fué un levantamiento del pueblo que contemplaba temeroso y en dudas, pero que sin embargo manifestaba esas torpes simpatías que en general acompañan a todos los que se oponen a los de arriba, y así vino a ser una revolución de los partidos. Partidos de mayoría son entre nosotros una reunión de unas doscientas personas, que no

representan a la mayoría del pueblo. Erzberger, como el más talentoso demagogo táctico entre ellos, grande para las zancadillas, las sorpresas, los escándalos, un artista para derrumbar ministerios, carente del talento estadista de los parlamentarios ingleses cuyos trucos conocía, atrajo al séquito sin nombre que estaba ansioso de figurar en público en cualquier forma. Venían a ser los sucesores de los revolucionarios de 1848, que consideraban la oposición como comprensión mundial, como también los sucesores de la democracia social a la que faltaba la férrea mano de Bebel, el que posesionado de las realidades con su fuerte espíritu, no habría tolerado este bochornoso espectáculo y habría exigido y logrado establecer una dictadura, ya sea de derecha o de izquierda. Habría echado al infierno a este parlamento y habría ordenado fusilar a los entusiastas por la Liga de las Naciones y de la hipócrita reconciliación internacional.

Todo lo narrado vino a constituir el asalto a la Bastilla de la revolución alemana.

La superioridad de los dirigentes de partido es una concepción inglesa. Para poder realizaria habría que ser inglés por instinto y conocer a fondo el tejemaneje de toda la vida pública inglesa. Mirabeau lo había considerado: "La época en que vivimos es magna,

pero los hombres son muy pequeños; aún no divisó a ninguno con quien poderme embarcar". Y en 1917 no había ninguno con derecho a repetir esta arrogante expresión. Quebrantar las asperezas del poder estadual, no tolerar nada decisivo, superior, sin estar premunido para tomar decisiones, vino a constituir el sentido negativo de este golpe de Estado: destitución del Estado, su reemplazo por una oligarquía de dirigentes de partido, de calidad inferior que, como siempre, consideraban a la oposición como mandato y al Gobierno como una pretensión y todo esto ante el enemigo complacido, ante desesperados espectadores en el interior. Y derribando, trozo por trozo, ir probando la prepotencia con los nuevos funcionarios, tal como un rey negro prueba su nuevo rifle en sus esclavos, en esta forma resultaba el nuevo espíritu, hasta que en las horas negras de la última resistencia desaparecía este Estado.

3

El levantamiento proletario marxista en noviembre de 1918 siguió necesariamente al golpe de Estado de los opositores inglesados. El campo de acción del Parlamento fué establecido en la calle. Cubiertos por la sublevación del ejército, en la patria se levantaron

los lectores de la prensa radical, abandonados por los dirigentes más discretos, convencidos sólo a medias de lo acertado de sus juicios. A la revolución de la sonsería siguió la de la vileza. No fué el pueblo, ni la masa educada socialmente la que entró en acción, sino la *chrisma* encabezada por la *hez* literaria. El socialismo se encontraba en lucha suprema en el frente o yacía en las fosas comunes en media Europa, se había levantado en 1914 en defensa de la patria amenazada y ahora era traicionado en esta forma.

Resulta así la acción más descabellada de la historia alemana. Será difícil encontrar algo semejante en la historia de los demás pueblos. Un francés rechazaría, y con razón, cualquier comparación con 1789 como una ofensa.

¿Vino esto a constituir la gran revolución alemana?

¡Qué superficial, qué tibio, qué poco convincente resultaba todo! Donde se esperaba héroes, se divisaba a presidiarios liberados, literatos, desertores, que se movían vociferando y robando, embriagados por su importancia y por la ausencia de peligro; que destituían, gobernaban, abofeteaban y componían versos. Se dice que estas figuras empañan cualquier revolución. Cierto. Sólo que en las otras el pueblo irrumpía con tal ímpetu

que la gleba desaparecía. Aquí esta obraba por su cuenta. La enorme masa, a la que un ideal forja como una unidad, brilla por su ausencia.

En el partido de Bebel se había establecido un espíritu de soldado que lo distinguía del socialismo de los demás pueblos, pues se percibía el atonante marchar de los batallones del trabajo, una tranquila resolución, disciplina y valor para rendir la vida por un algo del más allá. Desde que los más inteligentes dirigentes de ayer se habían echado en los brazos del enemigo del pasado, en brazos de la ordinariéz anterior a marzo, por temor del éxito de una empresa que defendían ya más de cuarenta años, por temor a las responsabilidades, por el temor al instante en que ya no podían luchar contra las realidades; sino resolverlas, se esfumó el alma del partido. Ahora se separaba por vez primera el marxismo y el socialismo, la teoría de la clase y el instinto de la comunidad. Honradez limitada existía sólo entre los espartaquistas. Los más inteligentes han perdido la fe en el dogma, pero han carecido de fuerza para romper con él. Y tenemos, en esta forma, una masa obrera que se había apartado del pueblo por algunos ideales y frases que se les amartilló en el cerebro por algunos dirigentes, que habían abandonado sus pendones; proselitores que

caminaban a tropezones (en su horizonte un libro que jamás habían leído y que con su escaso entendimiento jamás habían comprendido). Victoriosa se puede considerar una revolución no como el triunfo de una clase singular (en esta forma se ha querido entender a 1789); burguesía no es sólo un término, sino que es el impulso de la sangre de la idea hecha cuerpo. En 1789 se le denominaba burguesía, pero cada francés verdadero ha sido y es aún hoy día un buen burgués. Cada alemán verdadero es un obrero. Es su estilo de vida. Los marxistas tenían el poder en sus manos. Pero renunciaron voluntariamente. Según su comprensión, el levantamiento se había producido demasiado tarde. Era una ficción.

4

¿Comprendemos lo que es una revolución? Cuando Bakunin en 1848, quiso coronar el levantamiento con el incendio de los edificios públicos y encontró resistencias declaró: "que los alemanes eran demasiado tontos para ello" y siguió en su camino. La indescriptible asquerosidad de los días de noviembre no tiene ejemplo. No hay un instante sobrecogedor, nada que entusiasme, ningún hombre sobresaliente, ningún episodio perdurable, ningún

atentado de violentar la ley; se perciben sólo pequeneces, inmundicias y tonterías. No, no somos revolucionarios. Ninguna miseria, ni la prensa, como tampoco partido alguno, son capaces de poder desencadenar una tempestad contra el orden establecido con la fuerza de 1813, 1870 y 1914. Descontados unos pocos necios y atrevidos, la revolución tuvo sobre cada uno el efecto de un edificio que se derrumbaba, lo que quizás fué lo de más peso en el alma socialista y de sus dirigentes. No hay ejemplo, tuvieron lo que habían pretendido durante cuarenta años, toda la plenitud del poder y lo sentían como una desgracia. Los mismos soldados que durante cuatro años habían luchado heroicamente bajo los pendones negro, blanco y rojo, no tuvieron el ánimo de exigir algo a los rojos, no tuvieron ánimo para nada y no se atrevieron a nada. Esta revolución no ha inyectado ánimo verdadero en sus adeptos, sino que se lo ha quitado.

La tierra clásica de las revoluciones del occidente europeo lo es la Francia. La resonancia de frases altisonantes, los torrentes de sangre sobre el pavimento, la santa guillotina, las penosas noches de los incendios, la muerte heroica en las barricadas, las orgías de las masas descabelladas, todo esto viene a resumir el espíritu sadista de la raza. Lo que pertenece a una revolución efectiva en accio-

nes y en expresiones simbólicas proviene de París y ha sido malamente imitado por nosotros. Las experiencias de un levantamiento proletario, bajo el fuego del cañón enemigo, nos lo han demostrado ya en 1871. No habrá de ser la única vez.

El inglés trata de convencer al enemigo interno de la debilidad de su situación. Si no logra convencerlo, empuña revólver y espada con toda flema y lo doblega, sin recurrir a una acción revolucionaria melodramática. Corta a su rey la cabeza, porque considera intuitivamente esta operación como un requisito simbólico, pues viene a constituir un sermón sin palabras. El francés lo hace *pour revanche*, por la satisfacción de los espectáculos sangrientos y con el goce espiritual que a ello pueda dedicar una cabeza real. En verdad, sin cabezas humanas en la picota, sin aristócratas colgados de los faroles y sin sacerdotes descuartizados por las mujeres, no se daría por satisfecho. El resultado de los grandes días lo preocupa poco. El inglés pretende el fin y el francés los medios.

¿Qué pretendíamos nosotros? Sólo logramos caricaturas de las dos especies. Teorizantes, aprendices, parlanchines en la iglesia de San Pablo y en Weimar, un reducido alboroto en la calle y un pueblo en lontananza que contempla con indiferencia. Pero una revo-

lución verdadera debe abarcar a todo un pueblo, consistir en un solo grito, en un solo apretón, un sólo ímpetu de rabia y en una finalidad.

Lo dicho: esta revolución alemana socialista se realizó en 1911. Se llevó a cabo en una forma legítima y militar. De una manera apenas perceptible para que el término medio lograra sobreponerse con lentitud a las contrariedades de 1918 e introducirse como factor en su lento desarrollo.

Pero, esa como esa, bajo el punto de vista popular de la historia en el futuro se le dará siempre la preferencia al levantamiento de noviembre. Se puede suponer la manera ideal como podría haberse realizado una revolución proletaria en el presente caso. Así se nos revela la insuperable cobardía y apocamiento con que ha podido contar la idea proletaria en su defensa. También las grandes revoluciones se deciden por medio del hierro y la sangre. ¿Qué actitud habrían adoptado en situación semejante, tanto los independientes como los jacobinos? ¿Y los marxistas? Habrían logrado escalar el poder y luego podrían haberse atrevido a todo. Una gran personalidad de los de abajo y todo el pueblo la habría seguido. Pero jamás se ha arrastrado más efectivamente por el lodo a un movimiento, gracias a la indigencia de sus diri-

gentes y de sus séquitos. Los jacobinos estaban prontos a sacrificarlo todo porque se sacrificaban ellos mismos: "**marcher volontiers, les pieds dans le sang et dans les larmes**", como lo había postulado St. Just. Combatía contra la mayoría en el interior y contra media Europa hacia el exterior, y a todos arrastraban. Crearon ejércitos de la nada, vencían sin oficiales y sin armas. Si sus imitadores de 1918, hubiesen enarbolado la bandera roja en el frente y si hubiesen establecido el lema de la guerra a muerte contra el capital, si se hubiesen adelantado para caer entre los primeros, no sólo habrían logrado arrastrar con el ejército extenuado casi hasta la muerte y con sus oficiales, sino que habrían arrastrado con el occidente. En circunstancias semejantes es cuando se vence por la propia muerte. Pero se escondían; en vez de encabezar a los ejércitos rojos se ubicaban en los bien rentados empleos de consejeros proletarios. En vez de ganar batallas contra el capitalismo ganaban las contra los almacenes de provisiones, contra los vidrios de ventanas y contra las cajas fiscales. En vez de vender caras sus vidas enajenaban sus uniformes. El escollo en que naufragó la revolución fué la cobardía. Ahora ya es tarde. Lo que se omitió de hacer durante los días de tregua y de la firma del tratado de paz no podrá ser recuperado.

En esta forma el ideal de las masas descendió a una serie de nuevas exacciones de salarios sin la respectiva retribución, todo a costa del resto del pueblo, del campesino y del empleado, a fin de poder llevar una vida parasitaria, pregonar los vocablos: sistema de comisariatos, dictadura y república por todos los ámbitos, en vez de presentar hechos. El temperamento por ellos reguido habrá causado hilaridad dentro de poco y su valentía alcanzaba sólo a esta forma de proceder. Como acción sobresaliente abogan por el derrocamiento de los monarcas, a pesar de que el sistema de gobierno republicano no tiene la menor relación con el socialismo.

Todo esto nos indica que el cuarto estado constituye en un sentido más profundo, una completa negación y que como contraste con el resto del pueblo, no puede formar una labor constructiva. Nos demuestra, si es que lo que hemos contemplado constituye la revolución socialista, que el proletariado no ha sido su portador más distinguido. Venga lo que venga, esta cuestión ha sido perfectamente resuelta. La clase que Bebel había educado ha fracasado como entidad. Y para siempre, pues la fuerza impulsiva no volverá a reaccionar. Una gran pasión no se deja reemplazar por el despecho. No se equivoquen los dirigentes de ayer, que irrevocablemente

perderán la mayoría mejor del proletariado y que de dirigentes de un gran movimiento descenderán algún día a héroes parlanchines de alborotos de arrabal. De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.

5

Todo esto ha venido a constituir la tan celebrada revolución alemana, anunciada desde generaciones; espectáculo de una tan terrible ironía que se requieren muchos años para que el alemán la pueda sentir, revolución que ha derrumbado lo que había anhelado y que ahora no halla que hacer.

Si se contempla desde un elevado sitio estas tres revoluciones: la honorable, la grandiosa y la irrisoria, podemos decir: los tres pueblos más modernos de occidente han emprendido la lucha por tres comprensiones ideales de la existencia. Hay expresiones de batalla que las caracterizan: "Libertad, igualdad y fraternidad". Aparecen en la organización política del parlamentarismo liberal, en la democracia societaria del socialismo autoritario, aparentemente una nueva adjudicación, pero en realidad nada más que la simple conformación de la vida de estos pueblos, propia a cada uno y sin poderla extender a los demás.

Las revoluciones de la antigüedad repre-

sentan las tentativas de alcanzar una forma de vida, en que una existencia sea llevadera de por sí. A pesar de las pasiones, por su aspecto externo son de naturaleza defensiva. Desde Cleon hasta Espartaco, nadie había pensado en exponerse más allá de la miseria propia del momento, en establecer una modernización de las normas de la existencia. Las tres grandes revoluciones son referentes a cuestiones de poder. ¿Hay que subordinar la voluntad del individuo a la voluntad colectiva o vice-versa? Y se considera que hay necesidad de imponer las propias decisiones al resto de la humanidad.

El instinto inglés decidió: el poder le pertenece al individuo. Lucha libre del uno contra el otro. Es el triunfo del más fuerte: Liberalismo, desigualdad. Nada de Estado. Cuando cada uno combate para sí mismo, ello redundará en último caso, en favor de todos.

El instinto francés: el poder no le pertenece a nadie. No hay subordinación, luego no hay categorías. Nada de Estado, nada. Igualdad entre todos, anarquismo ideal, mantenido con vida en la práctica por el despotismo de generales y estadistas (1799, 1851, 1871, 1918).

Ambos se califican como democracia, pero su significación es muy distinta. No existe la lucha de clases inherente a la concepción mar-

xista. La revolución inglesa, resultado del individuo independiente, responsable sólo ante sí mismo, no tenía relación alguna con las clases sociales, sino sólo con el Estado. El Estado, tanto en el sentido mundial como en el espiritual, fué suprimido y reemplazado por las ventajas de la situación insular. Las clases sociales aún subsisten, reconocidas por el instinto del proletariado. Sólo la revolución francesa es una lucha de clases, por las categorías, pero no por las clases económicas. Los pocos privilegiados son incorporados a la masa igualitaria de la burguesía.

La revolución alemana se deriva de una teoría. El instinto alemán y con más propiedad el prusianismo, nos dice que el poder pertenece a la comunidad. El todo es soberano. El rey no es más que el primer servidor del Estado (Federico, el Grande). A cada uno le es asignado su puesto y obedece. Esto viene a constituir, desde el siglo XVIII, el socialismo autoritario, que en su esencia es antiliberal y antidemocrático, siempre en lo que atañe al liberalismo inglés y a la democracia francesa. Se desprende desde luego que el instinto prusiano es antirrevolucionario. Trasladar todo este sistema del siglo XVIII hacia el siglo XX, lo que en la diferente comprensión prusiana podía ser denominado liberalismo o democracia, debía haber constituido

tarea para verdaderos organizadores. La teoría aderezaba con parte del pueblo un Cuarto Estado, lo que era ridículo en un pueblo de campesinos y empleados. A la fracción más numerosa, asociada en innumerables profesiones, le dio la denominación de Tercer Estado, y en esta forma la designación era propicia para la lucha de clases. Relegó a la idea socialista como privilegio del Cuarto Estado. Bajo la concepción de estas comprensiones se llevaron a cabo las acciones de noviembre para alcanzar lo que en realidad ya se tenía de hecho mucho. Y como dentro de la confusión de la terminología de batalla no había sido notado, todo fue despedazado. No sólo el Estado sino que también esa incomparable creación de Pabel, hombre de acción y socialista de verdad, que la había educado en absoluto militarmente y con centenarios de autoridad, con lo que había establecido el arma incomparable del proletariado, si es que pretendía inculcar al Estado el espíritu del nuevo siglo. Esto viene a poner en ridículo esta revolución que costó para incendiar la casa propia. Lo que el pueblo alemán se había prometido a sí mismo en 1914, lo que había iniciado con lentitud y sin mayores aspavientos, por lo que ya habían sucumbido dos millones de hombres, fué todo negado y destruido. Ahora se encontraban desesperados,

sin acertar que hacer, vivos nada más que para poder convencerse de los progresos de la revolución. Ello resultaba absolutamente indispensable, pues el obrero que había esperado algo completamente diferente observaba desconfiado, ya que la sola evocación diaria de los términos de batalla, a la larga, resultaba estéril.

6

En estas condiciones, el Miguel liberal, consecuente, volvió a levantar el trono derribado y se sentó en él. Venía a ser el heredero bonachón de la obra de locos, era antisocialista y, en consecuencia, tan desafecto a los conservadores como a los espartaquistas, a los que observaba con temor de que algún día descubrieran de que tenían intereses comunes. Es Karl Marx sentado en un sillón de club el que tolera a todos los que van a caza de intereses, hasta los de más dudosa condición, siempre bajo el supuesto de que debía quedar incólume el principio republicano-parlamentario-democrático, siempre que se fuese pródigo en palabras y reservado para la acción; siempre que la resolución, la audacia, la subordinación disciplinada y los demás signos del sentimiento de autoridad quedasen relegados de su presencia. Para su protección recurrió al único

descubrimiento de los días de noviembre, a un militar de tomo y lomo, pero ahora demostraba sus recelos contra el espíritu militar, sin el cual la farsa de Weimar habría tenido un fin prematuro.

Lo que aquí se ha manifestado con respecto a opiniones, desempeño, principios y honorabilidad, basta para condenar por siempre, al parlamentarismo en Alemania. Bajo los símbolos de los pendones negro, rojo y amarillo, que han quedado escarnecidos, se renovaron todas las torpezas de la iglesia de San Pablo, donde la política no significaba acción, sino verborrea o algún postulado. El individuo de 1917 había alcanzado la cumbre, la tregua de las armas, un tratado de paz y se había apoderado del Gobierno. Miguel se quitó risueño su gorrita y confiaba en que John Bull sería magnánimo, y suscribió con una lágrima en el ojo cuando lo fué y cuando se había escudado tras de la Francia furibunda.

En el corazón del pueblo, Weimar ha quedado juzgada. Ni aún arranca una sonrisa. El establecimiento de la Constitución se encontró con una completa indiferencia. Se había supuesto que el parlamentarismo recién se iniciaba, cuando aún en Inglaterra está declinando con rapidez. Como la oposición les parecía signo de procedimientos parlamentarios, siguen manifestando su oposición a un

Gobierno que había dejado de existir, dando con esto el espectáculo de una clase donde falta el profesor. (El sistema inglés supone individualidades fuertes que se reparten entre dos antiquísimos grupos que se corresponden y nosotros carecíamos de las personalidades vigorosas).

Este período merecerá por siempre, el más profundo desprecio en el futuro, pues en 1919 lo honorabilidad alemana llega al más bajo nivel. En la iglesia de San Pablo se sentaban idiotas honrados y además doctrinarios ajenos al mundo hasta el comiicismo, naturalezas a lo Jean Paul, pero se notaba que se ocultaban intereses mezquinos. No hace diferencia, sea que se trate de gentes engañadas o de gentes puestas de acuerdo. Estos partidos a menudo confundían los intereses de la patria con los de provecho personal. Hemos experimentado una época del Directorio antes del Termidor. ¡Malhaya, si podemos recuperar el tiempo de inacción! Que este mentido espectáculo de una revolución fracasada y no terminada va a finiquitar, es cosa segura! En el exterior se prepara un nuevo acto de la guerra mundial. En la actualidad se vive rápido. Mientras que la Asamblea Constituyente, un Reichstag empeorado, construye una vivienda con los destrozos del Estado deshecho, en el que la usura, los negociados por los

salarios, mercaderías y empleos van a constituir la única preocupación, ya vemos presentarse a algunos que principian a raciocinar en otra forma, con respecto a los resultados obtenidos el año 1919. Comparan lo que se está edificando con lo que en otros tiempos se había hecho. Presumen que en realidad un pueblo no puede elegir entre las diversas formas estatales. Se puede elegir nada más que el revestimiento pero no el espíritu, lo esencial aunque la opinión pública los confunde por lo general. Lo que queda estatuido en una Constitución es lo secundario. Lo que el instinto colectivo deriva de ella es lo esencial. El Parlamento inglés gobierna en conformidad a una práctica antigua no escrita, que ha venido desarrollando muchas veces en disposiciones muy poco democráticas y, por lo tanto, de mayor provecho.

7

Pero no hay que equivocarse: la revolución aún no ha terminado. Si ha carecido de sentido o no, si ha fracasado o se ha desarrollado plena de bendiciones, si es que es la iniciación de una revolución mundial o nada más que una simple sublevación de la masa de un país aislado, hay sin embargo una crisis en gestación que como todo lo orgánico, como una

enfermedad, afecta un curso más o menos definido, que no tolera intervenciones torpes. Expresiones éticas como justicia o traición, no presentan valor frente a los acontecimientos. Hay que ser conocedor de los hombres, tanto de los revolucionarios como de los contrarrevolucionarios, hay que ser frío y calcular todos los factores del momento y aplicar el tacto psicológico de la vieja diplomacia sobre las almas mucho más complicadas y difíciles de comprender de las masas excitadas, en lugar de aplicarlo a los diplomáticos o príncipes. Los conductores de pueblo de escasa inteligencia suelen tener para ello una seguridad infalible. Nuestros dirigentes del pueblo deben quizás su falta de instinto precisamente a su educación teórica con los sólidos fundamentos alemanes. Hay que conocer a fondo la duración, el ritmo, la ondulación, el ciclo creciente o menguante de cada faz. El que una vez la ha errado, pierde al momento la facultad de discernimiento. Pero también hay que comprender la decisión a que se llega y que algunas veces conviene dejar transcurrir para hacerlo bajo puntos de vista más amplios o para desviarla imperceptiblemente en otra dirección. Los revolucionarios de gran talla poseían la táctica de los grandes estrategas. El ánimo de un instante decide la suerte de los grandes ejércitos. El doctrinario por

afición se preocupará de la iniciación de una revolución; cuando los principios chocan con violencia, el escéptico estará preocupado de su terminación. El último temperamento no sólo es de una mayor importancia sino que también más valioso bajo el punto de vista psicológico. Las condiciones no han sido nunca tan complicadas como ahora. El estallido de la revolución fué al mismo tiempo la rendición del país al enemigo. Esto en contraste con los demás países ha hecho depender el sentimiento con respecto al marxismo de otros factores muy poderosos. Patria y revolución en 1792 eran idénticos, en 1919 representaban contrarios. Cada nueva faz se desarrolla bajo la presión de una constelación enemiga. La revolución inglesa se desarrollaba en una ida; la francesa gracias a su valentía en los campos de batalla, mantenía sus decisiones en la mano. En la revolución alemana hay que considerar a París, Londres y Nueva York, no con los movimientos obreros sino con los soldados que movilizan en el caso que la revolución alemana afecte un aspecto que no les fuere grato. Los marxistas así lo han querido y en esta forma deben hacer sus cálculos. Fuera de las granadas de mano de la unión espartaquista y de las ametralladoras de la Reichswehr existe el ejército francés de ocupación y además la Armada inglesa.

La palabrería heroica bolchevista de la prensa y la inatanza continua de los magnates industriales del Oeste por medio de artículos de los diarios no reemplazan a un frente de batalla provisto de artillería pesada. Cuanto más se proclama la revolución mundial, tanto más inofensiva resulta. Ya el tenor de esta palabrería denota más bien enfado que confianza, y por último, los revolucionarios rusos no colocaron a la cobardía como lema en los puntos básicos de sus programas. Y no hay que olvidar que la causa de los días de noviembre no fué por entusiasmo por un programa definido sino más bien resultado de la desesperación, del hambre y de la tensión nerviosa insostenible. Las conclusiones a que se arribó en Versalles dejan subsistente el estado de guerra. ¿Pero hasta cuándo perdurará su efecto en pro en vez de en contra de las finalidades marxistas? El arma de la huelga general ha perdido su filo. El primer año malogrado de un movimiento no se puede recuperar y también el espectáculo de la asamblea constituyente puede resultar como un repudio de ella y de sus lastimeros miembros. Por fin, hay que contemplar la época de término de la revolución que se acerca de prisa, cuando el pueblo verdadero aspira a tranquilidad y orden a cualquier precio y que no se deja inspirar para ubicarse en posiciones con

respecto a cuestiones de principios. Postergar esta época o suspenderla no está en poder de nadie. Basta con comparar los números substraídos en la concurrencia a las elecciones de los jacobinos con los del advenimiento del Cónsul Bonaparte, y se comprenderá que al fin también el pueblo francés estaba haziado con el estado revolucionario. La paciencia del pueblo alemán se agotará más pronto.

Pero por otra parte, no sólo los partidarios por principio, sino que también los contrarios a cualquiera subversión están expuestos a equivocarse. Una profunda e indefinida desilusión se halla muy distante de una resolución a la renuncia.

El sentimiento de un levantamiento fracasado como existe hoy en amplios sectores, es como una herida abierta que no tolera ser tocada. Lo que no logra ningún esfuerzo de los radicales, lo logrará el grupo contrario al menor intento de poner fin a la revolución, y produciría una salvaje exasperación de fuerza contagiosa que a las órdenes de conductores decididos podrá ser dirigida para efectuar operaciones de gran vuelo. La evolución de los acontecimientos no cambiará en cuanto se refiere a sentido y duración, pero sí en cuanto a fuerza y forma. Podrían llegar a ser en extremo sangrientos. Nos encontramos en medio del movimiento de ese insondable compor

tamiento del alma de las masas que en otras grandes revoluciones ha solido presentar súbitas sorpresas a los más inteligentes conocedores del alma humana. ¿Es que la aparente tranquilidad oculta una voluntad inquebrantable o es que el bullicio denota el descalabro definitivo? ¿Ha pasado la hora de acción para los partidarios? ¿O es que la hora es aún prematura para los contrarios? Se sabe que las cosas que en cierto momento no permiten que se les toque, se resuelven por sí solas después de algún tiempo. Ello era valedero para 1918, y en sentido inverso lo será para un futuro próximo. Los cortesanos de ayer de los reyes son hoy sus verdugos, y los verdugos de hoy serán los duques de mañana. Nadie, en época semejante, podrá pretender la perduración de sus convicciones.

Pero, ¿con qué espacio de tiempo hay que calcular? ¿Son meses o son años? La circulación de la revolución alemana está determinada tal como se ha puesto en evidencia tanto con respecto al tiempo como a la duración. Aunque nadie lo note, estos factores se manifiestan en el transcurso de su desarrollo.

El que se equivoca sucumbe. Los girondistas sucumbieron porque creían haber sobrepasado la cúspide de la revolución, pero también sucumbió Babeuf por suponerla por de-

lante. Ni el estallido de nuevas guerras, ni la aparición de una gran personalidad acarrearían alteración alguna. Podrían alterar por completo y de repente la evolución histórica, lo que para el observador superficial significa el todo; y el sentido de la revolución lo confirmaría. Un gran hombre es aquél que comprende el latido de su época y en el que el espíritu de la época se ha personificado. Su advenimiento no tiene por objeto diluirlo, sino cumplirlo.

La génesis del socialismo alemán es lo que trataremos de indicar ahora.

SOCIALISMO COMO FORMA DE VIDA

Contemplamos seis mil años de vida de historia humana superior. De la masa que se ha exparcido por sobre todo el planeta hay que segregar en un sentido más profundo tanto el espectáculo como el destino de las grandes culturas. Se presentan a la contemplación del observador como formas mundiales de estructura semejante, como una poderosa espiritualidad que adquiere forma visible, secreto íntimo que se manifiesta como realidad viva y evolutiva.

Obra en ellas una ética invariable. Expresa no sólo determinadas formas de credos, pensamientos, sentimientos, procedimientos, sobre gobierno, artes y normas de vida, sino que nos muestra tipos de individuos, como al hombre hindú antiguo, al chino, al hombre de occidente con sus características de cuerpo y

alma, uniformes en instinto y entendimiento o sea raza en sentido espiritual.

Cada uno de estos cuadros es completo en sí e independiente. La historia habitual olvida el estrecho entretejido de las influencias históricas, y no presenta más que las exterioridades, pues en lo íntimo las culturas permanecen tal cual son. Así florecen en el Nilo y el Eufrates, el Ganges, el Hoang-ho y en el mar Egeo, en los desiertos semíticos y en las llanuras nórdicas cruzadas de corrientes de agua a profusión, donde disciplina a los hombres de cada región elevándolos a pueblos, los que no se constituyen en creadores sino en objeto de estas culturas, diferentes en espíritu y concepciones y contendores apasionados: dorios y jonios, helenos y etrusco-romanos. Pueblos del mundo chino antiguo, germanos y romanos, tentones y anglos, pero que hacia el exterior y frente a otras culturas se manifiestan al momento como entidad, tanto el hombre chino, el primitivo como el de occidente.

En lo más íntimo de cada cultura yace un concepto que se anuncia por expresivos términos primitivos: el T'ao y Ti de los chinos, el logos y lo existente de los griegos. Voluntad, fuerza, espacio en los idiomas del mundo fáustico, los que se distinguen de los demás por sus anhelos insaciables hacia lo infinito. El que con el empleo del catalejo ha dominado

las dimensiones del universo, con sus rieles y alambres la superficie de la tierra, con sus máquinas a la naturaleza, con su raciocinio histórico al pasado, el que acondiciona su propia existencia como historia universal, con las armas a distancia, domina a todo el planeta como también a los restos de antiguas culturas a los que obliga a adoptar sus peculiares formas de existencia. ¿Cuánto durará esto?

Por último, después de transecurrir una serie determinada de siglos cada cultura se transforma en civilización. Lo que estaba animado se torna frío y rígido. Los espacios internos como los del alma son reemplazados por extensiones de lo corpóreo real. La vida, según el concepto del maestro Eckart, se convierte en la vida como la comprende la economía política. El conjunto de estas ideas llega a constituir el imperialismo. Advienen ideas bastante terrenas como también los modernos conceptos, consecuencia de la experiencia de la vida: desde Sócrates, Laotse, Rousseau y el Buddha cada vez el camino va en descenso. Todos ellos están relacionados íntimamente, sin metafísica verdadera; son ellos los dirigentes de un ciclo completo de comprensiones mundiales y de las normas de vivir prácticas y a los que designamos por expresiones colectivas como budismo, estoicismo y socialismo.

9

En esta forma el socialismo bajo su acepción moderna no significa un oscuro sentimiento primitivo, como ha quedado expresado en el estilo de las catedrales góticas, en la voluntad de dominio de los grandes papas y emperadores, en la fundación de los grandes imperios españoles e ingleses, en los que no se ponía el sol, sin que ello denote un sentido político, social o económico de los pueblos afechos a las realidades, sino que una grada en la civilización actual, ya que nuestra cultura había llegado a su apogeo hacia 1800.

Pero en este sentido, dirigido por completo hacia el exterior, perdura la vieja voluntad fáustica por el poder, y hacia lo infinito, en sus anhelos por el dominio universal incontrastable en sentido militar, económico e intelectual. En las realidades de la guerra mundial, en la decisión de forjar con el hormigueo humano una entidad por los medios de la técnica fáustica y de los inventos. En esta forma ha quedado establecido el imperialismo moderno sobre nuestra tierra. El babilonio se había concretado al Asia Menor, el indico a la India, el romano tuvo por límites a las islas Británicas, a la Mesopotamia y el Sahara; el chino alcanzó hasta el mar Caspio. El de hoy no reconoce límite. A la América la hemos trans-

formado en un tramo de la Europa occidental, gracias a la moderna invasión. Todos los continentes están cubiertos de ciudades de nuestro tipo, y los hemos hecho depender de nuestro modo de ser y de nuestro pensamiento. Constituye la suprema expresión de nuestra comprensión mundial dinámica. Lo que es nuestro credo lo deben creer los demás. Lo que anhelamos, deben desearlo todos. Y como la vida para nosotros se ha transformado en una vida exterior, o sea política, social o económica, todos deben aceptar nuestro ideal político, social o económico o sucumbir al no hacerlo.

La comprensión más exacta bajo este sentido se ha llamado socialismo. Constituye lo natural entre nosotros. Se manifiesta en cada individuo desde Varsovia a San Francisco, y somete a cada uno de los pueblos bajo la fórmula de su fuerza constructiva.

Pero es sólo a nosotros, pues no existe socialismo chino, ruso o romano bajo esta comprensión.

Y dentro de esta comprensión general existen rencores y contradicciones. El alma de cada cultura individual padece de una discordia incurable. La historia de todas las culturas es una guerra sin fin entre los pueblos, entre las clases, entre los individuos y siempre por la misma y única difícil cuestión.

Tan pronto sale a luz alguna creación se manifiesta el espíritu antagónico. Por medio de las teorías de Nietzsche conocemos el gran contraste permanente en la vida de los antiguos que adopta siempre nuevas formas: Apolo y Dionisio, Estoa y Epicuro, Esparta y Atenas, senado y plebe, tribunos y patricios. En Canea, Aníbal representa al helenismo epicúreo frente a la Roma senatorial estoica. En Filipo sucumbió este elemento espartano romano ante el ateniense de los Césares. Aún en el uxoricidio de Nerón triunfaba el espíritu dionisiaco del **"panem et circenses"** sobre el vigor apolónico de la matrona romana. En el mundo chino se aunan los contrastes de todas las épocas, tanto en la vida como en los pensamientos, en las batallas y en los libros, con los nombres de Confucio y de Laotse y con los intraducibles vocablos del Li y del Tsao. Manifestación semejante de discordia existe en el alma fáustica, que define nuestro destino por medio de los monumentos góticos y los del renacimiento, por Potsdam y Versalles, por Kant y Rousseau, por el socialismo y el anarquismo y que continuará hasta la consumación de los tiempos.

A pesar de todo este destino representa una entidad. Las contradicciones y los contrastes sirven a una realidad de un orden más elevado. Epicuro es una variación de Estoa,

Esquilo ha unido a Apolo con Dionisio, y César ha unido al Senado con la plebe. El taoísmo del Laotse ha ayudado a levantar a la China de Confucio. Los pueblos de occidente poseídos por instintos anárquicos son socialistas en el sentido fáustico legítimo.

INGLESES Y PRUSIANOS

Hay tres pueblos de occidente que han adoptado el socialismo en el sentido más amplio: los españoles, los ingleses y los prusianos. Partiendo de Florencia y de París se iniciaba el contraste anárquico en otros dos: italianos y franceses. La lucha entre ambas comprensiones es lo que designamos como historia moderna.

En el siglo XV se rebeló el alma de Florencia contra el espíritu gótico, que en sus incommensurables ansias por lo ilimitado se reflejaba en las figuras de los grandes emperadores y papas, en sus catedrales, y en las órdenes de caballería y eclesiásticas. Lo que llamamos Renacimiento es la oposición a la mente gótica y que se manifiesta por un arte limitado y por elegantes pensamientos. Constituye una protesta de todos esos estados de bri-

gantes, de las republiquetas y de los condottieri que abogaban por la política del momento como perdura en las obras clásicas de Macchiavello; aún en la del Vaticano de la época, y en contra de la profundidad y amplitud de la comprensión mundial fáustica. En Florencia se ha originado el tipo del pueblo italiano.

Por segunda vez se yergue la contradicción en el gran siglo de la Francia. Racine se coloca del lado de Rafael, el espíritu de los salones parisienses al lado del círculo de los Médicis. En las guerras de conquista de Luis XIV se repite la política de los Borgia y de los Sforza y en el "*l'état c'est moi*" el ideal del renacimiento del independiente caballero señorial. Los franceses e italianos son consanguíneos.

Entre el advenimiento de estos pueblos vemos desarrollarse el siglo español, desde el asedio de Roma (1527) cuando el espíritu español quebrantó el del Renacimiento, hasta que en la paz de los Pirineos tuvo que ceder al francés. En España revive, por última vez, el espíritu gótico de manera grandiosa. Con el Grande castellano termina el espíritu de caballería: Don Quijote, el Fausto español. Los jesuitas son la única y última fundación desde aquellas órdenes de caballería, que se habían constituido para combatir a los herejes. El reino español de los Habsburgo realizaba el

empeño de los emperadores güelfos y el Concilio de Trento los del papado.

Conjuntamente con el espíritu gótico-español y del barroco se esparce un severo y fuerte estilo de vida en el mundo occidental europeo. El español se considera como portador de una gran misión. El soldado o sacerdote. Después, sólo el estilo prusiano ha generado ideal semejante de tanta severidad y resignación. En el Duque de Alba, en el hombre del absoluto cumplimiento del deber, podemos encontrar características parecidas. Los pueblos prusiano y español se levantaron contra Napoleón. Y aquí en el Escorial es donde encontramos la cuna del Estado moderno. La gran política de los intereses nacionales y de las dinastías, la diplomacia de los gabinetes, la guerra como una maniobra de ajedrez y llevada a cabo y calculada con deliberación, en medio de amplias y extensas combinaciones políticas, todo esto es originario de Madrid. Bismarck fué el último estadista de sello español.

La sensación de dominio de Florencia y de París queda satisfecha en luchas de fronteras. Leibniz en vano había propuesto a Luis XIV la conquista de Egipto. Colón en vano había recurrido en ambas partes. Dominar a Pisa, avanzar la frontera hasta el Rhin, empequeñecer al vecino, humillar al contrario, en estas ór-

bitas es donde se manifiesta el sentimiento político. El espíritu español pretende conquistar al planeta y establecer un imperio en que no se ponía el sol. Colón entró a su servicio, comparece a los conquistadores españoles con los condottieri italianos, pues aquéllos transformaron toda la superficie de la tierra en objeto de la política de todas las naciones del occidente europeo. La misma Italia pasaba a ser provincia española. Y hay necesidad de comprender el contraste enorme que produjo el asedio de Roma donde se dió fin a la iglesia del Renacimiento. A ella, y a las iglesias de la Reforma, congéneres, se contraponía el estilo gótico español, que domina hasta el día de hoy en el Vaticano: la idea del dominio universal desde entonces no se ha extinguido. Desde ese instante el espíritu público italiano y el francés son hostiles a la iglesia, no en cuanto a asuntos religiosos, sino porque es la encarnación del espíritu español con referencia al dominio universal. La política eclesiástica francesa con respecto a los reyes, a la revolución y con respecto a Napoleón, como también la política anti-clerical en el reino de Italia, pueden ser explicados en esta forma. La Iglesia tenía su más firme sostén en Madrid y Viena.

También Viena es una creación del espíritu español. No sólo el idioma crea a un

pueblo. Aquí nació un pueblo, el austriaco, imbuído de las ideas de una corte, de la clerecía y por fin de la nobleza. Ha resultado extraño al resto del pueblo alemán y sin apelación, pues un pueblo de viejos moldes no puede cambiar aunque transitoriamente se le presenten dudas al respecto. Este pueblo es habsburgués y español, y aunque no existiera ninguno de los Habsburgo y su inteligencia los rechazara, en infinito abogaría por su aceptación. La Alemania española representada por su casa imperial encumbro en 1618 ante la reyezía francesa, pues en la primera los diferentes príncipes imitaban el espíritu de la corte de Versalles, en manera particularista y la de expansión territorial, caracterizada por el ensanche de fronteras y que en consecuencia obraban, vivían y abominaban de los planes de dominio universal. Los poderosos diseños de Wallenstein de la marcha hacia Constantinopla y la transformación del mar Báltico en un punto de apoyo para la armada española nos indican la cúspide, su defección y muerte: el cambio completo. La Alemania de índole francesa fué dominada en Koenigsgrætz. Pero a pesar de todo, la declaración de guerra de Austria a Serbia resultaba un acto diplomático de acuerdo con los procedimientos de gabinetes españoles del siglo XVI, en tanto que Inglaterra con los medios tácticos superio-

res del siglo XIX, no declaró la guerra mundial en forma semejante, sino que la arrancó por la fuerza.

La paz inglesa en Fontainebleau y la prusiana en Hubertusburgo, ambas en 1763, finiquitan el siglo francés. Con el retiro de los pueblos romanos se inicia la dirección de los destinos de Europa por medio de los pueblos germánicos. El advenimiento del moderno pueblo inglés pertenece al siglo XVII y el del prusiano al siglo XVIII. Es el más joven y el último. Lo que a orillas del Támesis o del Sprea se ha conformado, personifica los rasgos de la voluntad fáustica por el poder y el anhelo por lo infinito en su manifestación más pura y enérgica. La vida italiana y la francesa en comparación obran como pequeñez; las épocas de sus períodos de auge político son actos de un drama fuerte. Sólo los espíritus español, inglés y prusiano han impreso ideas universales a la civilización europea: ultramontanismo, capitalismo, y socialismo, en una acepción más amplia que lo que la actualidad entiende al respecto.

Y a pesar de todo, con Francia termina la cultura en el Occidente. París posee todas las creaciones del período gótico inicial y ha vaciado el estilo del barroco español en el molde final, maduro y tierno: el rococó. Sólo hay cultura francesa. Con Inglaterra se ini-

cia la civilización. Francia domina el espíritu, la vida social, los gustos. Inglaterra el estilo de la vida práctica, y el poder del dinero.

11

Quisiera no ser mal interpretado con el término de prusianismo. Aunque el vocablo se refiere a la región donde ha encontrado una poderosa interpretación y donde se ha desarrollado a un alto nivel, debo decir que es esto: prusianismo es una comprensión de vida, un instinto, un espíritu de solidaridad, constituye un resumen de cualidades espirituales y por último, también, corporales, que son desde hace mucho, características de una raza y en especial, de los mejores y más distinguidos representantes de esta raza. No es inglés cualquier inglés de nacimiento en el sentido de raza, como tampoco cualquier prusiano es prusiano en la acepción de la palabra. En esta expresión está condensado todo lo que los alemanes poseemos no en ideas vagas, deseos u ocurrencias, sino lo que tenemos en realidad en voluntad, en deberes y aptitudes para sobrellevar un cruel destino. Hay naturalezas prusianas por toda Alemania y hago referencias a Federico List, Hegel y a más de algún ingeniero organizador, inventor, sabio, pero ante

todo al obrero alemán. Y desde Rossbach y Leuthen hay un sinnúmero de alemanes que en lo más profundo de sus almas mantienen un vestigio de prusianismo, probabilidad siempre pronta para ponerse en evidencia en momentos supremos de la historia universal. Creaciones de espíritu genuino prusiano tenemos las de Federico Guillermo I y de Federico el Grande: el Estado prusiano y el pueblo prusiano. Tenemos que toda superior realidad es fecunda. Bajo el actual entendimiento de lo alemán, en el tipo actual del alemán se pone de relieve de una manera notable el elemento prusiano, comparado con ideologías caídas. Los más conspicuos de los alemanes no lo sospechan. Con un acervo de sentido por los hechos, su disciplina, su espíritu de cuerpo y sus energías son una promesa para el futuro, no sólo del pueblo sino de cada uno. Pero resulta amenazado por ciertos rasgos en el individuo que algunas veces son simpáticos, para los cuales la expresión "**Deutscher Michel**", el Miguel alemán, es determinante, resultado de ese caos de dicciones sonsas y peligrosas que amenazan a la civilización occidental.

El alemán bajo el entendimiento ideal de un cuerpo de profesores y de ilusionados es una deformidad, que se ha establecido como entidad por el idioma común. Es apolítico y no constituye raza en el sentido de los instin-

tos educados por las realidades. Existe un vestigio de goticismo enriquecido interiormente con los entrelazamientos y el caos de un alma eternamente infantil. El romanticismo alemán y su política de los ensueños lo han puesto en evidencia. También constituye un resabio gótico, entretejido con cierto trivial cosmopolitismo, con esa afición por la armonía entre los pueblos y por los altos destinos humanos. En casos serios puede llegar a constituir traición por ingenuidad o por ideología, pues ensalza lo que han llevado a cabo tanto la espada española como el dinero inglés. Son esos eternos provincianos, esos héroes ingenuos de las novelas que endiosan al individuo, adjudicándole un desarrollo interno, pero de una completa carencia de cualidades frente al mundo, honrados ciudadanos de todos los clubs, de las cantinas y del Parlamento, que consideran sus faltas de cualidades como un defecto de las instituciones públicas, con las que no pueden concordar.

Hay un soñoliento anhelo por el liberalismo inglés con su antagonismo contra el Gobierno, el que es resentido con satisfacción, pero se ignoran las iniciativas enérgicas del inglés individual en la vida pública. Existe también cierta pedantería por la subdivisión en pequeños Estados de cuño italiano-francés; que desde hace mucho alrededor de Cortes de

tinte afrancesado han hecho surgir a una burguesía particularista, que no piensa más allá de las fronteras del vecino y que considera el orden como enemigo de la cultura, pero sin poderle inocular su espíritu. Se defiende a la autoridad eclesiástica de estilo español y que se diluye en las luchas por las confesiones. Todo ello carente de sentido, falto de hombría, tonto pero honrado, informe y sin esperanzas con respecto a futuro desarrollo, caducado, también falto de fecundidad espiritual, sin vida, empuquecedor, y enigrante, el enemigo interior respecto de cada alemán de por sí y de todos los alemanes como nación. Todos estos atributos vienen a constituir el miguecismo que resulta entre el tipo de los cinco pueblos creadores como tipo único de negación y que da testimonio de una especie de humanidad gótica, de la que a pesar del renacimiento y de la Reforma no se ha desarrollado una raza bajo el concepto moderno.

12

La colonización racional de las comarcas orientales eslavas la llevan a cabo los alemanes de todas las tribus. Pero el predominio fué de los bajosajones y en esta forma el núcleo del pueblo prusiano tiene las más íntimas relaciones con el pueblo inglés. Son los mis-

mos sajones, frisones, anglos, los que en independientes columnas de vikings, a menudo bajo apellidos normandos o daneses, los que subyugaron a los celta-británicos. Lo que crecía a las orillas del Támesis en los tiempos primitivos y en los desiertos arenosos del Havel y del Sprea, los que en desolación, gravedad y crueldad del destino son sólo comparables con las comarcas del Lacio (Latium) la campiña romana, permite reconocer a los precursores de la voluntad en las rígidas figuras de Widukind, el Markgrave Gero y de Enrique, el león.

Pero resultaban dos imperativos morales y que hacían contraste y que se habían desarrollado lentamente por el espíritu viking y por el de los caballeros de la orden teutona. Los unos eran los portadores del ideal germánico y los otros lo consideraban por sobre ellos: era el uno la independencia personal y el otro la comunidad superindividual. Hoy se le denomina personalismo y socialismo. Estas expresiones invocan virtudes de superior categoría: responsabilidad, libre determinación y decisión en el primero, y fidelidad, disciplina, abnegación altruista, dominio de sí mismo en el segundo. Ser libre y al mismo tiempo servidor, no hay algo más difícil que aunarlos en principio; sin embargo los pueblos, cuyos espíritus y cuyas existencias descansan sobre

estos principios, deben pretender el poderse forjar un superior destino. Servir a este empeño constituye el antiguo espíritu prusiano, relacionado con el español antiguo, el que se había forjado a un pueblo en lucha caballerosa con los herejes. No es un “Yo” sino un “Nosotros”, un sentimiento de solidaridad, en que cada uno se adapta a la existencia en común. No importa el individuo que debe sacrificarse por la colectividad. Aquí no está cada uno aislado, sino que poseído por esa libertad interna en sentido superior, la *libertas oboedientiae*, la libertad en la obediencia, que ha distinguido siempre a los más sobresalientes ejemplares de la disciplina prusiana. El ejército prusiano, los funcionarios prusianos, el séquito obrero de Bebel, vienen a constituir el producto de estos ideales educadores. El otro ha impulsado a todo lo que tenía sangre viking, ingleses, alemanes, escandinavos, hacia las praderas americanas, continuación tardía de esas expediciones marítimas de la época de la Edda, que ya hacia los años de 900 habían recalado al Canadá, caravana interminable de germanos poseídos de esos incommensurables anhelos hacia lo remoto y hacia los espacios infinitos, tropeles aventureros, que dieron origen a un pueblo de tinte sajón, pero separado del suelo, madre de la cultura fáustica y en consecuencia, sin los basaltos interio-

res, según una expresión de Goethe, con rasgos de la antigua eficiencia y de la antigua sangre noble, pero sin raigambre y por lo tanto, sin porvenir.

En esta forma nacen el tipo inglés y el prusiano. Hay cierta diferencia entre un pueblo cuya alma se ha forjado con la convicción de su situación insular, con otro que resguardaba una región que careciendo de límites naturales quedaba expuesto por todos los lados a las incursiones de los vecinos. En Inglaterra la isla entró a reemplazar al Estado organizado. Un pueblo sin orden es posible sólo bajo estas condiciones, es la suposición previa del alma inglesa moderna que en el siglo XVII despertó a la razón. Bajo este punto de vista la región ha resultado creadora: el pueblo inglés se educó a sí mismo; el pueblo prusiano fué educado en el siglo XVIII por los Hohenzollern, que oriundos del sur, habían sido embargados por el espíritu de la comarca de Brandenburgo y que se fueron transformando en servidores en aras del ideal del Estado. Inglaterra y Prusia vienen a constituir el régimen máximo y mínimo de los ideales estaduales. El Estado inglés de cuño liberal, que casi no es resentido, pues no obliga al individuo, ni le asigna valor y que es utilizado sólo como medio. No existe la escuela obligatoria ni el servicio militar obliga-

torio, como tampoco el seguro obligatorio. En estas condiciones había transcurrido para Inglaterra el siglo desde Waterloo hasta el momento del estallido de la guerra mundial, para perder cada uno de estos derechos negativos. Este antagonismo contra el Estado encontraba su expresión en el término **society**, la que desplaza al Estado en su acepción ideal. Como **société** se asimila a la sociedad francesa, donde Montesquieu expresaba: "**Des sociétés de vingt à trente millions d'hommes-ce sont des monstres dans la nature**". Era una idea anárquica francesa de tinte inglés. Se sabe como Rousseau ocultaba su odio contra disposiciones imperativas bajo esta expresión y Marx con su comprensión mundial de las ideologías inglesas lo imitaba. La comprensión alemana la denominaba comunidad en el sentido de la **human society**, lo que antes de Goethe, Schiller y Herder no sucedía. Lessing hablaba de generación humana. Constituyó después uno de los vocablos más apreciados por el liberalismo alemán, por medio del cual se podía hacer abstracción del Estado que exigía procederes superiores.

Inglaterra suplantó al Estado por el individuo independiente, que sin nexo con el Estado y antagónico con el orden, requería una lucha despiadada por la existencia. Cuando Buckle, Malthus y Darwin comprendieron

más tarde los fundamentos de la sociedad como una lucha por la vida, estaban en su justo derecho con respecto a su pueblo y patria. Inglaterra no había tropezado con estas formas en perfección, cuyos gérmenes se encuentran en las Sagas islandesas, sino que las creó. Ya el séquito de los conquistadores, bajo Guillermo el Conquistador que en 1066 se había apoderado de Inglaterra, era constituido por una *society* de caballeros aventureros. Fueron las compañías comerciales inglesas las que conquistaron vastas comarcas y que explotaron grandes territorios, en los tiempos modernos y desde 1890 al Africa del sur interior. Al final, la nación se hace cargo de todo y frente a las realidades, a la propiedad, al trabajo, a los pueblos extraños y a los individuos débiles y a las propias clases, desarrolló un espíritu de absorción y de negocios que por último transformó la política inglesa en un arma de suma eficiencia para la conquista del planeta. El particular es el complemento necesario de la "*society*"; significa un acopio de condiciones éticas muy reales, que tal como lo éticamente precioso, no se aprende sino que se tiene en la sangre y que en las sucesivas generaciones llega a la perfección más alta. Por último la política inglesa es la manifestación de la política de los particulares o de un grupo de ellos. Eso y nada más que eso, es go-

bierno parlamentario. Cecil Rhodes fué un particular que conquistó países; los archimillonarios norte-americanos son particulares que gobiernan a los países por intermedio de una clase de políticos profesionales, dependientes de ellos. El liberalismo alemán, sin valor moral, contesta "No" al Gobierno y es incapaz de poder justificar un bien concebido y enérgico sí.

De valor interno puede subsistir en Alemania sólo el socialismo bajo determinada organización. El liberalismo es cuestión de sonesos. Delibera acerca de lo que no le incumbe. Somos así, no podemos ser ingleses sino sólo caricatura inglesa y lo hemos sido a menudo. Cada uno por y para sí, es ser inglés. Todos por la colectividad, es ser prusiano. El liberalismo significa: el Estado por y para sí y cada uno para sí. Es una fórmula según la que no se puede vivir, siempre que de modo liberal se opte por otra forma.

Hay en Alemania principios fundamentales odiados y desprestigiados; pero en el suelo alemán es despreciable sólo el liberalismo que siempre ha representado la esterilidad, la incomprensión de todo aquello que por el momento era necesidad y que pasados veinte años si no podía ser aniquilado era elevado al cielo: la incapacidad de colaboración o de abdi-

cación. Es la política de una crítica por completo negativa, no como expresión de una voluntad diversa, como la ejercitaban los socialistas que seguían a Bebel, sino como mero entorpecimiento. Carente de vida, sólo animado de doctrinas, sin disciplina interna, sin la profundidad de la existencia animada, sin las nociones de la enérgica actividad del liberalismo inglés, venía a constituir para nosotros nada más que tropiezos en nuestro camino.

Desde los tiempos de Napoleón se ha conquistado las mentes del alemán educado. El honrado ciudadano, el filisteo educado, el intelectual falto del sentido práctico de la vida, a quien el saber abstracto ha enajenado a la vida, fueron sus más entusiastas paladines. Mommsen, que dominaba sus vastos conocimientos por medio de su energía prusiana, que comprendía y admiraba los rasgos prusianos de la vida romana, no pasó de ejercer una oposición descabellada en el parlamento frente a Bismarck. Hay necesidad de comparar con él al historiador inglés Grote, también de la historia de Roma, que era comerciante y liberal. Nuestros literatos y profesores han inundado de libros y sistemas a Alemania con una profusión de términos de batalla como gobierno libre, ciudadano libre, de la personalidad independiente, del pueblo soberano, de la

humanidad libre y progresista, que han sido transferidos de la realidad inglesa hacia los nubarrones del cielo alemán. Hay que evocar a Bismarck a quien Bruno Bauer ya en 1880 designaba como socialista imperialista y que hace referencias a todos estos intelectuales que confundían al mundo con sus libros. También Bebel revelaba su instinto siempre bien acertado, en ocasión de las críticas a los académicos afectos a su partido. Comprendía el instinto anti-prusiano del alemán educado que menoscababa la disciplina, y el tiempo le ha dado la razón. Después de su muerte, el socialista educado ha quebrantado la fuerza del partido y en unión con el liberalismo educado volvió a representar en el teatro de la corte de Weimar el acto ideológico de la iglesia de San Pablo, donde se desarrollaban doctas discusiones respecto del problema de la Constitución, cuando los ingleses habrían sabido proceder con o sin trozos de papeles escritos.

13

Como resultado de esta ética, el inglés, encerrado en su isla, ha alcanzado una unidad en sus convicciones tanto internas como externas que no ha logrado otro pueblo de la Europa occidental. Se constituyó la sociedad

distinguida, *ladies and gentlemen*, unida por un fuerte espíritu de solidaridad, por una comprensión uniforme, por sentimientos y actitudes uniformes. Desde 1750, esta hermosa comprensión social ha servido de modelo a la civilización moderna, desde luego en Francia. Basta recordar el estilo imperio que, como telón de fondo de esta comprensión, ha dominado los gustos prácticos y discretos originados por el rococó, y los retratos distinguidos de los eximios maestros, tales como Gainsborough y Reynolds. Representaban el sentimiento colectivo del éxito, de la felicidad, no el de la labor como lo es el sentimiento prusiano. Eran los bienaventurados de los negocios, *vikings* asistentes al banquete y no caballeros en el campo de batalla. La riqueza venía a constituir en la rancia nobleza, espíritu de solidaridad y su situación en ella indicaba las características de finalidad, objeto y virtud. Sólo Inglaterra posee lo que puede ser denominado cultura social; es verdad que carece de otra filosófica, la superficialidad profundizada; en cambio el pueblo de los pensadores y poetas a menudo no demuestra sino una superficial profundidad.

Una sociedad alemana o prusiana de esta especie no existe ni podría existir. Una sociedad compuesta de yos, sin la manifestación patética de una considerable uniformidad del

sentimiento de vida, es siempre algún tanto irrisoria. El individualista alemán al mismo tiempo liberal, ha inventado en vez del club el Verein y en vez de las reuniones nocturnas, el banquete. En ellos es donde despliega el espíritu de solidaridad de los educados.

El estilo prusiano en su reemplazo ha establecido un fuerte y profundo sentimiento de clase, un espíritu colectivo no de reposo, sino de trabajo, la clase como colectividad de una profesión y la profesión como una manifestación de ser útil a todos y para la patria: el militar, el funcionario y sin olvidar la creación de Bebel: el obrero poseído del orgullo de su clase. Poseemos para ello un simbolismo en palabras; en las esferas más altas es camarada, en las medias es colega y en las inferiores es compañero. Ello nos indica que queda envuelta una ética elevada, no la del éxito sino la de la labor. La asociación no queda indicada por la riqueza sino por el rango. El capitán es preferido al teniente aunque éste sea príncipe o millonario. La revolución pretendía haber establecido la igualdad con el *bourgeois* francés, pero esto no corresponde ni al sentimiento inglés ni al alemán con respecto a jerarquías. Los germanos nos diferenciamos por la proveniencia de estas jerarquías y su comprensión nos es común. El epíteto de *bourgeois* en la mente alemana

en sentido denigrante indica a aquél que, según su opinión, no ejerce una profesión determinada, de aquél que está investido de un rango social sin trabajo. Viene a resultar el ideal inglés desde la perspectiva del alemán. Al snobismo inglés corresponde la manía de títulos, alemana.

El espíritu de solidaridad durante siglos ha logrado formar una grandiosa unidad de cuerpo y alma, en un caso una raza de hombres de éxito y en el otro, de trabajadores. Como distintivo exterior y sin ser secundario, es el modo de vestir inglés, vestir en el sentido de civil, el uniforme del particular que sin objeción domina en la civilización de la Europa occidental, con lo que Inglaterra ha vestido al mundo con su uniforme, expresión del libre cambio y de la ética de la fortuna, del *cant*. Su reverso es el uniforme prusiano, expresión no de la labor particular, sino de la labor pública, no como éxito de la labor individual sino como la representación de la labor misma. “Soy el primer servidor del Estado”, era la máxima del rey prusiano cuyo padre había introducido la tenida de uniforme entre los príncipes. ¿Se habrá podido comprender el significado de lo que se quiere expresar con “la librea del rey?” Las obligaciones inglesas de las tenidas son más severas que las del uniforme prusiano. El que milita en la so-

ciudad no transgredirá jamás las obligaciones que le impone su clase o sea que llegue a vestir haciendo abstracción de lo que ordena la costumbre o la moda. De la tenida del gentleman inglés se deriva la levita del provinciano y bueno y honrado ciudadano alemán, bajo el cual pulsa el corazón por la libertad y por la dignidad humanas. La levita constituye símbolo de los ideales de 1848 con el que se visten con orgullo los socialistas llegados a liberales.

Es propio del ambiente prusiano que la voluntad individual se encuadre en la voluntad colectiva. El cuerpo de oficiales, el de empleados, el séquito de Bebel y por último, el pueblo de 1813, 1870, 1914, sienten, piensan y obran como entidad suprema superindividual. No es sentimiento de manada, sino algo infinitamente más poderoso y libre, que no es comprendido por los que no forman parte de él. El prusianismo es exclusivista. Rechaza aún en sus formas proletarias al obrero de los demás países, adornado con su pseudo socialismo egoísta. Se le suele apodar como alma de siervo, inteligencia de sumiso, terminologías que se confunden sólo por sus degeneraciones y que son despreciadas en seguida. El prusianismo genuino no desprecia a nadie; se le teme.

Jamás comprenderá un inglés y tampoco

lo comprende el mundo, que con el estilo prusiano se relaciona una profunda independencia interna. Un régimen de deberes sociales garantiza al hombre de mente amplia un dominio del mundo interno, que es irreconciliable con un régimen de derechos sociales o sea con el ideal individualista. Una mente como la de Moltke no se concibe en Inglaterra. La libertad práctica inglesa se paga con la otra: el inglés en su interior es esclavo, como puritano, como racionalista como sensorio y como materialista. Desde hace dos siglos el creador de todas las doctrinas que suprimen toda independencia interna, y por último, del darwinismo, que hace depender todas las condiciones del alma de la influencia de factores materiales y que en la interpretación, especialmente vulgar de Buechner y de Haeckel, ha venido a constituir la comprensión mundial del pedante ciudadano alemán. El inglés pertenece a la *society* bajo el punto de vista espiritual. Su manera de vestir expresa una uniformidad de conciencia. Tiene un modo de proceder peculiar, pero no con respecto al raciocinio. Entre todos se encuentra repartida una comprensión mundial de tinte teológico de escaso valor. Pertenece al buen tono como la levita y los guantes. Si a alguien puede asignarse el término mamada, calza aquí bajo esta forma.

14

La Reforma alemana no ha tenido consecuencias espirituales. El luteranismo fué un final y no un principio. La Alemania gótica yacía en agonía y bajo esta forma se irguió por última vez en un gesto grandioso de valer absolutamente personal. Lutero puede ser explicado sólo como resultado de la época del Renacimiento, el que se estaba infiltrando en la Iglesia perceptible en ese entonces. Que su espíritu público lo constituía el de la corte de los Médicis, que su administración era una sistemática expoliación de los creyentes, que la religión misma era una cuestión de formas, que la relación entre pecado y expiación había llegado a ser una cuestión de gustos tal como la relación que existe entre una columna y un epistilo, tales hechos obligaron a rebelarse a la poderosa mente gótica del norte. La constitución de una iglesia sin este papado, creencias góticas sin la presentación espiritual de la forma, en realidad no pasó de ser una revuelta campesina ingenua, que no ponía en duda la íntima relación con la iglesia, llevaba a la vista el espíritu de negación cuyas pasiones fecundas no podrían perdurar por mucho tiempo. Creador y afirmativo resultó el barroco en el que también el catolicismo alcanzó a la cúspide de vitalidad y de existen-

cia, cuando el español creó la contra-reforma y el jesuitismo militante. En el siglo XVII principian los pueblos nórdicos a establecer una religiosidad propia derivada de las inagotables fuentes del cristianismo. Les es común la severa concepción de la actividad, con traste notable con la pasividad de Florencia y con la dialéctica infecunda y dolorosa de los jansenistas franceses y la de Pascal. Se inició el independentismo revolucionario en Inglaterra y bajo su influjo un tranquilo pietismo en Suabia y Prusia, cuyo efecto fué muy poderoso en el ambiente prusiano ascendente.

Sirviendo hacia el exterior, obediente, con espíritu de sacrificio, libres en sus almas con respecto a las restricciones de la vida mundial, poseídos de esa plenitud de sentimientos y de verdadera ingenuidad del corazón, como lo hemos podido notar en la reina Luisa, en Guillermo I, en Bismarck, Moltke y Hindenburg y en general en el sello del antiguo oficial prusiano, cada uno estaba investido de una religiosidad casi sin dogmas, que trataban de ocultar ante los demás y que hacia el exterior se revelaba en la realización del cumplimiento de sus deberes, y no bajo aspecto confesional.

El inglés independiente se presenta libre hacia el exterior, libre a la manera normanda. Se proveyó de una religión laica con la Biblia como base, y que cada uno interpretaba

a su gusto. Lo que hacía era, pues, siempre lo correcto en el sentido moral. Dudar al respecto es absolutamente ajeno al instinto inglés. El resultado es la manifestación de la gracia divina. La responsabilidad por la moralidad de las acciones corresponde a Dios; en cambio el pietista se la atribuía a sí mismo. Alterar convicciones semejantes escapa al poder del hombre. Lo que hay el deber en llevar a cabo se encuentra confirmado por todas partes. Si este cumplimiento conduce a la ruina, ello es destino inamovible.

Es admirable la seguridad con que el instinto inglés se ha formado sus convicciones religiosas propias, deduciéndolas de las áridas lecciones de Calvino de forma francesa, y doctrinarias en absoluto. El pueblo como comunidad de los santos, el pueblo inglés en particular el pueblo elegido, cada acción justificada por el hecho de haberla podido ejecutar, cada culpa, cada brutalidad, aún el crimen impuestos por Dios para obtener el éxito y con cuya responsabilidad ha de cargar. Era la doctrina de la predestinación en el concepto de Cromwell y de sus soldados. El pueblo inglés se ha elevado con esta inquebrantable confianza en sí mismo y con una absoluta carencia de conciencia por sus acciones.

El pietismo que se propagó en la población de habla alemana, como expresión de raza

alemana, padecía de la falta de lo práctico y de sus aderezos provinciales. En los pequeños círculos existía un íntimo espíritu de comunidad; el objeto de toda la existencia era servir. Esta corta existencia terrenal, en medio de miserias y labores, no tiene sentido sino bajo el imperio de una tarea más magna.

Pero había que establecer esta tarea y aquí se nos presenta lo poderoso de la labor apenas percibida, de los grandes Hohenzollern, los herederos de los ideales de la orden de los caballeros teutones de las comarcas de oriente. A pesar de todos los defectos de un egoísmo obstinado y de las debilidades reales, irradia el ideal del prusianismo primitivo, única concepción grandiosa que ha germinado en suelo alemán y que aún en los alemanes más conspicuos, aunque hostiles en el fondo a sus manifestaciones, ha logrado conquistar algún rincón de sus almas. En tanto que el pietismo suabo se perdía en burguesismo y sentimentalidades o entraba al norte sus mentes más esclarecidas, como Hegel, aquí fué desarrollándose un nuevo individuo, portador espiritual de esta religiosidad. El prusianismo de estos siglos queda caracterizado por un profundo desprecio a la mera riqueza, a las comodidades, a los goces, a la felicidad, y viene a constituir el núcleo del espíritu militar y del del funcionario.

Todos aquellos atributos no revisten dignidad frente al imperativo de las obligaciones del caballero. Para el inglés constituyen obsequios de Dios. El confort es la aceptación de la gracia divina. No es posible concebir contrastes más profundos. El trabajo para el piadoso significa la consecuencia del pecado original, para el prusiano es mandamiento de Dios.

El negocio y la profesión se enfrentan de manera irreconciliable como comprensiones. Hay que tratar de profundizar tanto la tonalidad como la acepción de estas expresiones. La profesión, ser llamado por Dios. El trabajo en ella es lo apreciado en sentido moral. Para el inglés y el americano el objeto es el éxito, el dinero y la riqueza. El trabajo significa el camino que hay que elegir para emprenderlo con seguridad y comodidad. Es natural que la lucha por el éxito sea inevitable, pero la conciencia puritana justifica cualquier medio. El que se interpone en el camino es desplazado, ya sea individuo, toda una clase o toda una nación. Dios, así lo ha querido. Se comprende que un pueblo nutrido con semejantes ideales, que los ha asimilado en cuerpo y alma, puede llevar a cabo las más elevadas acciones. A fin de vencer la innata inercia humana, la ética prusiana ordena: en la vida no se trata de felicidad, cumple con

tu deber, con el trabajo. La ética capitalista inglesa ordena: enríquécete y no estarás obligado a trabajar. Sin duda en esta expresión hay algo seductor. Incita y se dirige a instintos en extremo populares. Han sido comprendidas con satisfacción por las masas populares de los pueblos progresistas. Todavía en el siglo XIX ha dado origen al tipo yankee con su irresistible y práctico optimismo. La otra comprensión ahuyenta. Se reduce a los pocos, que lo inoculan a la comunidad y que por este medio, lo extienden entre la masa. El uno es para un país sin intervención gubernativa, para egoístas y naturalezas tipo viking, con la necesidad de una constante preparación para la lucha, como se revela en los deportes ingleses. Le es propio el principio de la propia determinación, el derecho de obtener felicidad a costa de los demás, siempre que para ello se posea la fuerza, el darwinismo económico. El otro, es el ideal del socialismo en su comprensión más profunda: la voluntad por el poder, la lucha, no por la felicidad del individuo sino por la de todos. Bajo este concepto el primer socialista lo fué Federico Guillermo I y no Marx. De aquél, como una personalidad modelo, ha partido como comprensión mundial. Kant ha logrado darle expresión por medio de su imperativo categórico.

En las postrimerías de la cultura occidental europea se inicia el advenimiento de dos grandes escuelas filosóficas: la inglesa del egoísmo y del sensualismo, alrededor de 1700 y la prusiana del idealismo, alrededor de 1800. Expresan lo que representan estos pueblos como entidades religiosas, políticas y económicas.

Una filosofía en sí no indica nada, es un cúmulo de palabras, una serie de libros. En sí tampoco es verdadera o falsa. Es la concepción de la vida como la concibe una gran mente. Para el inglés, Hobbes es verdadero porque establece el *selfish system*, el sistema del egoísmo y la filosofía Whig del común provecho (la mayor felicidad del número más grande). Por el otro lado, el distinguido Shaftesbury, con su representación del gentleman, del Tory, de la personalidad soberana que lleva una vida a su amañó. Pero también es verdadero para nosotros Kant con su desprecio por la felicidad y por el provecho, con su imperativo categórico del deber, como también Hegel con su poderoso sentido por las realidades, cuyo tema en su obra histórica son los crueles destinos de las naciones y no el bienestar de la sociedad humana. Mandeville expresa en su fábula de las abejas, que el egoísmo del individuo y Fichte que la obligación del trabajo es el impulso del rodaje del Esta-

do. ¿Es que la suprema felicidad consiste en la independencia que brinda la riqueza o bien el carecer de ella? ¿Debe darse la preferencia al imperativo categórico de Kant: "obra en tal forma que tus acciones puedan ser computadas como ley de amplia aplicación", o a la máxima de Bentham: "obra en tal forma que logres éxito?"

Vuelven a ser los viking y los caballeros teutones, que prosiguen sus existencias en las diferencias entre la moral inglesa y la prusiana. Lo que ha germinado en estos dos mundos en sistemas, el séquito de filósofos de ambos pueblos, se caracteriza siempre de la misma manera: el inglés es utilitario, el único de la Europa occidental; su idiosincrasia no le permite manifestarse de otro modo y en esta forma se ha originado el celebrado *cant*, cuyas altas doctrinas se encuentran en las cartas de Lord Chesterfield. Los ingleses son un pueblo de teólogos, consecuencia de ello es que su gran revolución haya afectado de preferencia formas religiosas y que después de haber derrocado al Gobierno, el sentimiento colectivo haya retenido el lenguaje religioso. La teología indicaba, en relación con las consideraciones de la lucha individual por la existencia, que una interpretación bíblica de acciones de significación ambigua suele apaciguar la conciencia e incrementar las energías y las acti-

vidades, a fin de lograr provecho, o sea la riqueza, sin designarla con esta expresión. Si dentro de la atmósfera prusiana hay alguna lucha semejante, ello se refiere a la jerarquía o al rango, en muchos casos se podrá considerarlo como ambición, pero en conformidad al concepto significa la voluntad de afrontar una mayor responsabilidad en la estructura del todo, porque se siente que se la puede enfrentar.

15

Entre los pueblos europeos sólo estos dos se distinguen por una asociación social rígida. Es la expresión máxima en aras de una superior actividad que pretende ubicar a cada individuo en el lugar en que se le necesita. Organización tal, en la que implícitamente se revela una casual economía de las fuerzas, no es posible lograrla de una personalidad por genial que sea, o por una voluntad de superiores energías; es una propiedad inherente a un pueblo y sólo posible de ser alcanzada por él, natural y comprensible para él, e imposible de ser imitada por otros pueblos. Todos los sentimientos fundamentales de la moral se reflejan en esta forma y se precisan siglos para poder establecer la comprensión de las jerarquías con esta claridad. Vuelve a manifestarse el espíritu viking y el de la orden, la ética

del éxito y la del deber. El pueblo inglés está acondicionado sobre las diferencias de ricos y pobres, el prusiano en conformidad al espíritu de mando y el de obediencia. La valorización de las diferencias de clases, es, pues, completamente diversa. La clase inferior solidariza en sus reuniones con aquéllos que nada tienen y constituyen en la nación los que nada deben decir. En Inglaterra, democracia significa la posibilidad para cualquiera de enriquecerse; en Prusia la de alcanzar a cualquier jerarquía. En esta forma el individuo es catalogado por sus aptitudes y no por la tradición. La Francia y luego también Florencia, no han conocido agrupación de clases semejante, ni aún antes de 1789. La norma era la anarquía social; existían grupos casuales de preferidos de cualquier especie y volumen, sin una establecida relación entre ellos. Basta recordar a la justicia nobiliaria, conjuntamente con la de las cortes, a los tipos de abates, a los grandes concesionarios y a las diferencias en la alta burguesía urbana. Desde los tiempos primitivos se revela la incapacidad del espíritu francés para alcanzar una ordenación por gradaciones sociales. En Inglaterra la nobleza de la sangre se ha ido incrementando por la nobleza del dinero, en Prusia se ha ido transformando en la nobleza militar. La nobleza francesa no ha logrado ja-

más tal unidad en las jerarquías sociales. La revolución inglesa era dirigida contra el Gobierno, por lo tanto contra la organización prusiana establecida en la Iglesia y en el Estado, luego en la vida pública. La revolución alemana iba dirigida contra la organización inglesa establecida por la diferencia entre ricos y pobres, que se había introducido en el siglo XIX como resultado del desarrollo de las industrias y del comercio y que había llegado a ser el germen de las tendencias anti-prusianas y anti-socialistas. Sólo la francesa no había sido dirigida contra influencias extranjeras y por tanto inmorales, sino contra cualquier organización, lo que viene a representar la tendencia democrática en el concepto francés.

Ahora por fin se revela el sentido profundamente ético de los términos de batalla, capitalismo y socialismo. Son las organizaciones humanas que se levantan por la riqueza o por la autoridad, aquellas que se logran por la lucha sin trabas por el provecho y de las otras que se alcanzan por una legislación. Que el inglés verdadero acepte ordenes de un individuo que nada tiene, le es tan insoportable como al prusiano inclinarse ante la mera riqueza. Pero, a pesar de todo, el obrero, convencido de su clase, del fenecido partido de Bebel, obedecía al jefe del partido con la misma seguridad del instinto como lo hacía el obre-

ro inglés con respecto al millonario, a quien respetaba como un ser más feliz, distinguido por Dios. La lucha proletaria no se atreve a tocar estas diferencias establecidas con tan poderoso arraigo. Todo el movimiento obrero inglés descansa en la diferencia de pudientes y menesterosos, en el propio proletariado. Ni por un momento se llega a considerar la férrea disciplina de un partido de millones, al estilo prusiano.

La repartición desigual de la riqueza constituye la verdadera fórmula inglesa auspiciada por Shaw, aunque para nosotros carezca de sentido; como ideal de vida es el único aceptable para el viking. En consecuencia, considerando la grandiosa educación bajo este ideal, en el tipo del yankee podrían ser aceptados los términos de socialismo millonario y socialismo funcionario. A la primera categoría pertenece un hombre como Carnegie, que convierte gran parte de la fortuna pública en propia y que la emplea en seguida y en forma brillante e independiente, en la fundación de instituciones públicas. Su expresión: "el que muere rico, muere sin honor" nos indica un alto concepto de la voluntad del poder sobre la colectividad. Pero, no hay que desconocer la íntima relación de este socialismo particular que en los casos extremos, no pasa de ser una administración dictatorial de la pro-

piedad pública, con el socialismo del funcionario u organizador (que puede ser muy pobre) y como se manifiesta al igual en Bismark y en Bebel.

Shaw es en la actualidad la cumbre del socialismo capitalista, para quien rico y pobre siguen constituyendo contrastes de la estructura de la organización económica. "La pobreza es el mayor de los males y el peor de los delitos" (Major Barbara). Predica contra la cobarde masa que se aferra al triste prejuicio, que es mejor ser bueno que ser rico. El obrero debe tratar de enriquecerse, lo que constituía desde un principio, la política de los gremios y de las trade-unions. Por eso es que en apariencias, entre Owen y Shaw, no ha habido en Inglaterra un socialismo que correspondiese a la mente proletaria, pues no es posible distinguirlo del capitalismo de las clases inferiores. Para nosotros el contraste estructural es el mando y la obediencia en el ambiente de una colectividad severamente disciplinada, ya se le denomine Estado, partido, proletariado, cuerpo de oficiales o de funcionarios que pueden desempeñarlos indiferentemente. **Travailler pour le roi de Prusse** significa cumplir con su deber sin el sucio deseo del provecho. Los emolumentos, desde los tiempos de Federico Guillermo I, eran en extremo irrisorios, comparados con lo que percibía en Ingla-

terra la clase media. A pesar de ello, se trabajaba con mayor ahinco, con altruismo y con honradez. El rango venía a constituir la recompensa final. De manera semejante procedía Bebel. Este Estado dentro del Estado no pretendía mayor fortuna, sino dominar. Estos obreros en las huelgas, que se les imponía a menudo, han pasado por hambre no por cuestión de salarios; por cuestiones de comprensión mundial opuesta a la de sus patronos o por un principio donde una batalla perdida resultaba en el fondo, un triunfo moral. Para el obrero inglés este proceder resulta incomprendible. No era pobre, y durante sus huelgas recibían los cientos de miles de que se privaba el pobre obrero alemán porque creía que se trataba de un caso análogo al suyo. La revolución de noviembre constituyó en consecuencia, un desacato tanto en el ejército como en el partido obrero. La súbita transformación del movimiento obrero disciplinado hacia una descabellada política de salarios por algunos grupos aislados, sin consideraciones recíprocas constituyó, pues, un triunfo de los principios ingleses. Su fracaso se exteriorizó por el establecimiento de una organización de la disciplina interna en la Reichswehr. El único hombre capaz que apareció fue un militar. Bajo estos éxitos y descalabros milita

res autoritarios, proseguirá la revolución alemana.

16

Igual contraste domina también en los sentimientos económicos de los dos pueblos. Es un fatal error de la economía política que proceda con absoluto materialismo y que sin consideración alguna a la multiplicidad de los instintos económicos y de sus manifestaciones, introduzca términos ambiguos como "humanidad, tiempos modernos, actualidad", con respecto a las gradaciones económicas. Porta todos los defectos de su proveniencia inglesa, pues como ciencia es el producto del inglés moderno, con toda su presunción y su carencia de psicología; su única filosofía es la que corresponde a su comprensión para la lucha y el provecho, y cuyas doctrinas genuinas inglesas ha infiltrado en las mentes continentales europeas.

La autoridad económica del Estado, derivada de la concepción del verdadero colonizador de las comarcas del oriente, de la orden colonizadora, resultaba principio absolutamente necesario. Los derechos y las obligaciones de la producción y su beneficio quedan repartidos. En esta forma, colonizaron Federico Guillermo I y sus sucesores, los parajes

cenagosos de oriente. Lo consideraban como una misión. Dios les había asignado una tarea. En esta órbita se desarrollaba, con toda decisión, el sentido del obrero alemán, por las realidades. Fueron las teorías de Marx las que impidieron reconocer la íntima relación entre ellas y las pretensiones prusianas primitivas.

El instinto corsario del pueblo isleño interpreta la vida económica en muy distinta forma. Aquí se trata de lucha y de la obtención de botín y en particular, de la participación de cada uno en lo que le corresponde. El Estado normando, con su refinada técnica de la recolección de dinero, descansaba en absoluto en el principio del saqueo. Se introdujo el sistema feudal de una manera grandiosa y como instrumento. Los barones debían explotar las tierras que se les había adjudicado y el duque les exigía la contribución que les correspondía. El objeto final era la riqueza. Dios se la prodigaba a los arriesgados. De la práctica de estos piratas deriva la contabilidad moderna. De la oficina de contabilidad de Roberto el Diablo de Normandía (1035), provienen las expresiones cheque, cuenta, control, cancelación, record y la denominación aún empleada de la tesorería inglesa (Exchequer). Cuando Inglaterra fué conquistada desde aquí, las tribus sajonas rela-

cionadas fueron explotadas por los barones normandos. Jamás sus descendientes han aprendido a contemplar al mundo de una manera diferente. Este sello está aún impreso en cada sociedad comercial inglesa y lo demuestra cada uno de los trust norteamericanos. Su finalidad es la formación de fortunas privadas, la riqueza particular, el abatimiento de la competencia privada, la explotación del público por medio de la propaganda, por la política de precios, por la instigación hacia nuevas necesidades, por el dominio de las relaciones entre la oferta y la demanda y no viene a constituir una deliberada elevación del bienestar del pueblo.

Cuando un inglés habla de fortuna pública quiere significar el número de millonarios. "Nada le es más ajeno al sentimiento inglés que el espíritu de solidaridad". (F. Engels). Aún en sus vacaciones el inglés no ve sino el desarrollo de una actividad corporal, pero ante todo de superioridad corporal. Cultiva los deportes por los records y se inclina por el box que corresponde a sus costumbres económicas, lo que es por completo opuesto al espíritu alemán.

De aquí se deduce que su existencia económica se identifica con el comercio. Comercio en cuanto representa la forma moderna del latrocinio. Ante este instinto, todo resul-

ta botín o mercadería, por cuyo intermedio se llega a adquirir riqueza. Toda la industria mecánica inglesa ha sido creada en provecho de los intereses comerciales. Servía para la producción de mercadería barata. Cuando la agricultura inglesa puso en sus precios un límite para los salarios se le sacrificó en beneficio del comercio. Toda la lucha entre empresario y obrero de la industria inglesa en 1850, gira alrededor de la mercadería "trabajo", que el uno pretende adquirir barata y el otro enajenar muy cara. Todo lo que con admiración airada expresa Marx con respecto a la "sociedad capitalista" se refiere al instinto inglés y no a un instinto económico humano general.

La expresión suprema del libre cambio pertenece a una concepción económica vikinga. El correspondiente término prusiano y en consecuencia, socialista, sería regulación anual del intercambio de productos. En esta forma, el comercio en la economía de los pueblos, en vez de rol dominante, queda desempeñando el papel de servidor. Se comprende a Adam Smith con su odio inveterado contra el Estado y contra "esos animales cautelosos que se ape-lidan estadistas". En realidad, sobre el comerciante verdadero deben hacer el efecto de la presencia de la policía en el asaltante o de la de un buque de guerra en un corsario.

De importancia es la sobre-estimación del capital requerido para el florecimiento económico que le es peculiar, tanto bajo el punto de vista psicológico como del práctico, pues la vida práctica es la expresión de condiciones espirituales. El concepto de capital, bajo el entendimiento del francés rentista o del del funcionario administrativo prusiano, es algo completamente diverso, de lo que no se percata un materialista. Lo que pensaban lo consideraban como necesidades del pensamiento de la humanidad. Toda la economía política moderna descansa en el error fundamental de equiparar el sentido de la vida económica mundial con el interés comercial de comprensión inglesa, aún donde se ha desechado la doctrina de Manchester en su enunciado. El marxismo como negación de esta doctrina se ha apoderado de su estructura. Esto explica el descalabro de todas las predicciones respecto del curso de la guerra mundial, pues se había pronosticado al unísono el derrumbe de la economía mundial en unos pocos meses.

Sólo el capitalismo inglés se opone al socialismo estilo marxista. La comprensión prusiana de la administración de la vida económica, partiendo de consideraciones superpersonales, había conducido imperceptiblemente al capitalismo alemán desde la promulgación

de las leyes aduaneras en 1879, hacia formas socialistas en el sentido de la organización estadual. Los grandes sindicatos eran Estados dentro del todo estadual, "la primera tentativa sistemática y desarrollada en gran estilo - sin embargo, inconsciente de la sociedad capitalista para descubrir los secretos de su propia producción y para poder dominar las leyes de asociación, a cuya influencia desconocida y original, había que someterse a ciegas".' (Lensch, "Tres años de revolución mundial").

El liberalismo alemán, o sea el inglesado alemán, rinde homenaje al libre cambio y, además, a la dignidad humana independiente. Aquí la comicidad de su pretensión llega a su colmo. Siempre, cuando a favor de incomprendidos instintos viking rechazaba al Estado autoritario, a los anhelos superpersonales, a la subordinación del yo individual al conjunto de yos, resultaba metafísico. Era la manera de proceder del alemán sin talento práctico, del científico, del pensador y del poeta, de todos aquéllos que escriben en vez de obrar. Otro liberalismo no había sido comprendido por ellos, ni lo habían reconocido como moral: o sea el latrocinio del libre cambio, al que es inherente una lucha de todos contra todos. La relación del yo autónomo, en sus abstractos sistemas con los escritorios de las grandes

sociedades comerciales, quedaba fuera de sus horizontes. Así el liberalismo de la Bolsa con todo arte ha enjaezado al profesor alemán ante su carruaje. Lo envía a las reuniones para hablar y oír, lo coloca en las redacciones de los diarios, donde con espíritu filosófico escribe los más fundamentales artículos, para inculcar al pueblo lector que de la lectura de la Biblia se ha imbuído en la prensa diaria, todos los conceptos políticos y comerciales descañados. Lo envía al Parlamento y aquí lo obliga a decir sí o nó, a fin de arrancar a la vida económica, a pesar de toda teoría y legislación, siempre nuevas posibilidades de ganancias usureras. Ha puesto a su servicio a casi toda la prensa que entra en consideración, como también a la masa de los educados y a todo el partido liberal. El profesor no lo nota. En Inglaterra el liberal es de un molde, independiente en sentido ético y comercial, y está convencido de su acertada relación. En Alemania son siempre dos, la personalidad moral y liberal y la comercial y liberal, de las que la una piensa y la otra dirige, y de las que sólo la segunda comprende la relación recíproca.

En esta forma se enfrentan hoy dos grandes principios económicos. El viking, precursor del libre-cambista y el funcionario administrativo sucesor del espíritu de la orden. Reconciliación entre ambas tendencias no pue-

de haber, pues ambos, como germanos y como individuos de índole fáustica del más elevado rango, no reconocen límite para sus pretensiones y se creerán llegados a la meta, cuando el mundo se haya plegado a sus ideas. Luego habrá guerras hasta que uno u otro haya vencido de manera definitiva. ¿Es que la economía mundial debe ser una explotación mundial o bien una organización mundial?

¿Es que los futuros Césares de este futuro imperio, habrán de ser millonarios o funcionarios mundiales y que mientras este imperio de la civilización fáustica mantenga su cohesión, la humanidad ha de ser víctima de la política de los trust o de individuos como los diseñados en la segunda parte del Fausto? Se trata del destino del mundo. Las ideas económicas francesas quedaban limitadas a cuestiones territoriales como las del individuo del Renacimiento. En este sentido se diferencian el sistema mercantil de la época de Luis XIV y el de la escuela fisiocrática de Turgot, de la época de los enciclopédicos de los planes socialistas de Fourier, quien pretendía descomponer a la sociedad en las pequeñas células económicas de los falansterios, tal como se les encuentra en las novelas de Zola. La economía mundial es una de las más premiosas necesidades de estos tres pueblos fáusticos. Los caballeros españoles trataron de dominarla al

incorporar a su reino al nuevo mundo descubierto. Como verdaderos soldados no han considerado las teorías de una expansión económica, pero por el ensanche político y geográfico del horizonte han ampliado el horizonte económico del individuo occidental que permiten el desarrollo de estas ideas. Los ingleses fueron los primeros que bajo el título de economía política, escribieron su doctrina de la explotación del mundo. Como negociantes fueron lo suficientemente inteligentes, para comprender el poder de la letra sobre los más crédulos lectores de libros de la nación más lectora. Los convencían que los intereses de su pueblo de filibusteros se identificaba con los de la humanidad. Envolvían la concepción del libre cambio con la de libertad. De esta astucia práctica carecía el pueblo, tercero y último otra vez, de índole absolutamente militar. Lo que Prusia realizó en sus dominios fué elevado a socialismo por la comprensión de la filosofía alemana, carente de la práctica mundial. Pero los verdaderos creadores no reconocieron a su criatura en esta forma y se produjo una encarnizada lucha entre dos supuestos contendores de los que el uno poseía la práctica y el otro la teoría. Ha llegado la hora de conocerse a sí mismo y de la labor en común. ¿Debe el mundo ser gobernado por el sistema socialista o por el capitalista? Es-

ta cuestión no puede ser dirimida sólo entre dos pueblos. Se ha infiltrado en las almas de cada pueblo. Cuando dejen de tronar las armas de las naciones en guerra, los pueblos se levantarán en guerra civil. Hay en la actualidad en cada país un partido económico inglés y otro prusiano. Y cuando las clases y los ejércitos se hayan cansado de la guerra, algunos espíritus senoriales aislados proseguirán en ella, bajo el concepto de una idea. En las grandes decisiones del mundo antiguo, entre los ideales apolónicos y los dionisiacos, la guerra del Peloponeso, resultado de la lucha entre Esparta y Atenas, se fue transformando en una lucha entre oligarquía y **demos** de todas las diversas ciudades. Lo que se decidió en Filipo y Accio, anegó en sangre al foro romano en la época de los Gracos. En el mundo chino la equivalente guerra entre los imperios de Tsin y Tsu y la comprensión mundial de Tsao y de Li alcanzó a un siglo. En el mundo egipcio se ocultan episodios colosales de la misma especie de los tiempos de Hycsos, del dominio de los bárbaros de oriente. ¿Se les había llamado o es que aparecieron porque los egipcios habían llegado a la inanición a causa de sus guerras intestinas? ¿Es que el occidente apelará a los rusos para encomendarles el mismo papel? Que nuestros ilusos comenten la reconciliación de los pueblos, pero

los ideales no podrán conciliarlos. El espíritu viking y el de la orden perseverarán en sus luchas, aunque se canse el mundo y emerja el mundo aniquilado por los torrentes de sangre que se tendrán que derramar en el presente siglo.

17

De esta manera el contraste anglo-prusiano se emplaza en el dominio de las formas políticas. Son las más elevadas y poderosas de la existencia histórica. La historia mundial es la historia de las naciones y la historia de las naciones es la historia de sus guerras. Las ideas, cuando exigen una decisión efectiva, se disfrazan de entidades políticas, de naciones, de pueblos y de partidos. Hay que dilucidarlas por medio de las armas, no con las palabras. Las luchas económicas se transformarán en luchas entre las naciones o dentro de ellas. Hay religiones que se constituyen como poder temporal, tal como el judaísmo o el islamismo, los hugonotes o los mormones, siempre que se trate de su existencia o de su triunfo. Lo que por su íntima espiritualidad ha llegado a ser hombre o creación humana, sacrifica al individuo. Las ideas hechas sangre exigen sangre. La guerra es la eterna forma de la existencia humana superior y las

mismas naciones existen por las guerras y con su disposición para la guerra. Y aunque una humanidad cansada y sin alma renunciara a la guerra y a su existencia estadal como el hombre antiguo en los siglos postreros, o el hindú o el chino en la actualidad, se transformaría de conductor de guerra en objeto por el cual otros la llevarían a cabo. Y aunque se hubiese alcanzado la paz fáustica, siempre habría hombres señoriales de la especie de la Roma postrera, del Egipto postrero o de la China postrera, que lidiarían por el imperio como botín, si su estructura habría de ser capitalista, o por el más elevado rango si se tratase de una forma socialista.

Pero la forma política es propia del pueblo que la ha creado, que lleva en la sangre y que sea capaz de realizarla. Las formas políticas en sí, carecen de sentido. Expresarlas lo puede cualquiera. Pero darles vida y llenarlas de plena realidad, no puede nadie. También en cuanto atañe a la política, no hay elección. Cada cultura y cada pueblo de determinada cultura, conduce sus negocios y cumple su destino bajo formas que con él nacieron y que en sus manifestaciones son invariables. Una discusión filosófica respecto de monarquía o república, es una riña por palabras. La forma de gobierno monárquico de por sí, no existe, como tampoco existe la for-

ma de una nube de por sí. Resulta que no se puede comparar a una república antigua con una de la Europa occidental. Si en una gran crisis cuyo anhelo por lo general es muy distinto a un cambio de gobierno, se proclama la república o la monarquía, ello no pasa de ser una frase, una denominación, la réplica en una escena melodramática, lo único por cierto que la mayoría de una época comprende y que la suele entusiasmar. En realidad, todo pueblo vuelve a su forma propia después de estos éxtasis, de cuya esencia en muy raros casos existe alguna definición popular. El instinto de una raza no gastada es tan fuerte que con cualquier forma que la casualidad histórica le arroja en su camino, ya muy pronto principia a trabajar en la medida que le es habitual, sin que alguien logre percibirlo, de tal modo que de la forma no va quedando nada más que el nombre. No son las constituciones en su enunciado, sino las normas inconscientes y no escritas en virtud de las que se les aplica, y que pueden ser consideradas como las verdaderas formas de gobierno, las que subsisten. Sin hacer referencia a determinado pueblo las expresiones, "república y parlamentarismo" y "democracia", son mera fraseología.

La forma de gobierno parlamentario es un producto inglés específico, y sin las suposiciones del carácter viking, sin la situación insu-

lar y sin el desarrollo de varios siglos que ha profundizado por completo el estilo ético de este pueblo y el modo de conducir los negocios, es imposible imitar su vida o sus métodos con aproximadamente el mismo éxito. El parlamentarismo en Alemania es traición o bien torpeza. Inglaterra ha logrado debilitar a todos los pueblos a los que ha suministrado el tóxico de sus propias formas como medicina. A la recíproca, Inglaterra perdería las aptitudes para una política de provecho en el momento en que el desarrollo de la cultura de occidente, que representa a las culturas que dominan en el globo terráqueo, considerase que esta forma de gobierno era imposible. El socialismo inglés le haría traición a Inglaterra al suprimirlo. Es cuestión de una asociación de particulares independientes, a los que la situación insular ha permitido suprimir la intervención del Estado, y la suposición previa de su existencia política la han podido mantener hasta 1918, por medio de una flota de personal contratado y por una serie interminable de guerras, que bajo condiciones mercenarias eran llevadas a cabo por Estados y pueblos extraños. Este parlamentarismo soberano supone un sistema rígido de partidos, cuyas relaciones entre sí, cuya organización, prácticas, intereses, hábitos, moral y espíritu, son exactamente los que son y no de otra especie. Lo

que llamamos partidos ingleses (el término es comprendido de diferente manera en cada país) son en su origen, grupos de la nobleza inglesa antigua que por las revoluciones de 1642 y en especial la de 1688, por el credo anglicano y puritano, se segregaron en lo profundo por ciertas diferencias de sus imperativos éticos. Por las cualidades de aquellos navegantes nórdicos, de que dan testimonio las sagas de Islandia, existía entre los tories el orgullo por la sangre noble, el sentimiento de distinción por todo lo heredado y legítimo, por la propiedad de campo, por los peligros de la guerra y por las decisiones sangrientas. Entre los whigs el placer por el robo y el saqueo, por el provecho rápido y por el rico botín movable, por los negocios y arrogancias más que por la fuerza bruta. Que la democratización de Inglaterra en el siglo XIX ha sido sólo aparente y que el pueblo en realidad, como en Prusia, era dirigido por la complexión y pujanza de las cualidades prácticas de una sobresaliente minoría, es un hecho y ello ha contribuido a mantener la elevación no sólo de sus designios, sino también de sus cualidades hasta el final de la última guerra.

A la esencia íntima de esta política corresponde que sea aplicada una política de negocios en sentido filibustero, sin que importe que sean los tories o los whigs los que la con-

duzcan. Que ambos en primera línea son caballeros, miembros de la misma distinguida sociedad con la misma admirable unidad de miras, permite que, a pesar del encarnizado antagonismo que en ocasiones los anima, todos los negocios de mayor entidad se resuelvan en conversaciones previas privadas o por medio de correspondencia, en tal forma que suele suceder mucho que puede ser aceptado sólo cuando el éxito haya justificado los medios empleados. En cualquier otro país todo se habría echado a perder por el alboroto de los representantes del pueblo, carentes de principios y de entendimiento. El dirigente inglés de partido trabaja los negocios de Estado como negocios particulares. Si sus empresas políticas resultan afortunadas es Inglaterra la que ha seguido esta política. Si resultan favorables pero de consecuencias desagradables en la práctica, no tiene más que dimitir y el país lo critica con la severidad puritana por su proceder privado y cuyas consecuencias quedan sancionadas con su retiro. Al mismo tiempo, se agradece a Dios la gracia que le ha brindado a Inglaterra por el aprovechado modo de obrar. Esto resulta posible sólo cuando ambos partidos están de acuerdo en cuanto a intereses internacionales esenciales. Es cierto que los tories derribaron a Napoleón y que lo relegaron a Santa Elena, después que

hubo repartido las ideas viking por el continente, pero Fox no fué en absoluto enemigo a la guerra en su contra. Cuando Robert Peel en el año 1851, condujo el sistema del librecambio de Cobden al triunfo definitivo con lo que se dió la preferencia al dominio económico mundial en vez de un protectorado militar, los tories reconocieron parte de sus tesis fundamentales en el sistema de los whigs. La política tory desarrollada por Eduardo VII fué la causa de la guerra mundial y los whigs contrarios a la guerra se prepararon con anticipación para esta eventualidad con la admisión de "liberales imperialistas". Todo esto viene a constituir "parlamentarismo" y no esas exterioridades sin valor y sin efecto con que se les suele confundir en Alemania, cuales son la repartición de las carteras ministeriales entre los dirigentes de partido o la exposición de la técnica parlamentaria con la más notoria publicidad. Las decisiones finales de los dirigentes de partido vienen a constituir un secreto para la mayoría de los miembros del Parlamento. Los procedimientos visibles son a corta vista y el tino modelo de ambos partidos se encarga de mantener la ficción del gobierno por el propio pueblo, cuanto menos se aplique este concepto. Que los partidos, ante todo los partidos ingleses, formen parte del pueblo, es una comprensión disparatada. En realidad, salvo al-

gunos Estados que abarquen unas cuantas aldeas, no puede haber un gobierno por el pueblo. Sólo algunos ilusos liberales alemanes creen en ello. A donde hayan penetrado las formas de gobierno inglesas, el gobierno se encuentra en manos de unos cuantos hombres, que dominan dentro de un partido por su experiencia, su voluntad superior por su habilidad táctica y a decir verdad, con un sabor dictatorial. Se nos presenta ahora la cuestión de la relación que existe entre pueblo y partido y del significado de las elecciones en el actual mundo de las naciones de occidente. ¿Quién elige y qué elige? La índole del sistema inglés consiste en que el elector indica el partido y no a un delegado que en resumen ha sido impuesto por la dirección del partido. Los partidos son asociaciones muy antiguas bien cimentadas, que se ocupan de conducir los asuntos políticos de la sociedad del pueblo inglés. El inglés singular, que comprende la utilidad de semejante organización, apoya de elección en elección, al partido cuyo programa corresponda al propio. Es indiferente la persona del delegado que es designado por el partido, como bien lo sabe. La expresión "carneraje electoral" cuadra más bien con el término medio de los diputados que con los electores. Es revelador que los obreros a menudo hayan dado su voto por un empresario pre-

sentado por uno de los viejos partidos en vez de emitirlo por el candidato obrero. Según su criterio de la situación era lo más conveniente en el momento. En EE. UU. donde ya no es el inglés genuino el que dirige el sistema, se ha desarrollado el uso de que los partidos presentan un programa a los electores y otro a los trusts que pagan la elección; uno de los programas está destinado a ser publicado y el otro a ser cumplido. Toca ahora dilucidar la cuestión de cómo se paga la labor política en los países de régimen parlamentario. Todos los pueblos sin saberlo y sin quererlo, son dirigidos por una política de intereses, que es de aplicación efectiva en vez de aplicar el espíritu de la Constitución; sin embargo, no lo percibe ningún entusiasta por el sistema democrático. En su simpleza son capaces de atribuirlo a la percepción de la dieta parlamentaria. Pero la cuestión es otra. Los monarcas de la época del barroco disponían a su antojo de las entradas estaduales. Los partidos modernos sólo las administran. Es pues cuestión de establecer si deben asegurarse los grandes intereses económicos con los electores, si los parlamentarios o los dirigentes de partidos políticos. La primera forma corresponde al parlamentarismo inglés y se llevaba a cabo en gran estilo por medio de la compra de votos. En la actualidad, cuando Tories y Whigs, miembros de cla-

se distinguidas, se han convertido en representantes de pura índole comercial, que de caso en caso se diferencian sólo por sus opiniones respecto de la forma más conveniente o por los fundamentos morales de alguna empresa, este procedimiento ha resultado superfluo: los intereses se han identificado con los partidos democráticos. En la Francia anárquica, donde bajo la denominación de partido, surgen clubs y grupos personales de número muy variable, tanto en cantidad como en fuerzas, la norma es el pago de los diputados de manera muy fina y muy discreta. El elemento socialista parlamentario, está a las órdenes de la plutocracia, en la misma forma que los otros, y la carrera parlamentaria francesa es emprendida muchas veces con la certeza que después de algunos años se podrá adquirir algún castillo. En Alemania, donde los partidos se presentan con programas ideológicos, la Bolsa ha puesto a su servicio a los liberales y la industria a los liberales-nacionales. Pagan la propaganda y la prensa por medio de avisos. Si la Constitución de Weimar llegase a perdurar algunos años, veríamos que era posible comprar asientos parlamentarios a precio fijo, lo que sería de provecho para determinados partidos. Este proceder pudo notarse ya en la primera elección.

Que la democracia y el voto general son métodos probados del capitalismo, ha sido demostrado en todos los países que han importado este sistema de Inglaterra. Si el profesor liberal considera la Constitución como el cumplimiento de sus ensueños, el liberalismo negociante a su vez lo considera como el sistema más cómodo y menos oneroso, para subordinar la política a las decisiones de los escritorios comerciales o la de los usureros.

Se caracteriza en esta forma el predominio del espíritu viking sobre la civilización occidental, la que hasta ahora ha sido una civilización de sello inglés. La forma bajo la cual se ha impuesto el parlamentarismo inglés intransferible que ha logrado ser implantado en todo el mundo, es representado por "la constitución", por medio de la cual la crítica a los Gobiernos existentes se transforma en complemento orgánico del Gobierno mismo. Pero la característica de Gobierno que la sociedad inglesa desarrolló por sí misma, pasó a constituir el carácter antagónico en todas aquellas constituciones en que se encontraba un principio extraño: el inglés. Hubo, pues, que recurrir a artificios, que de acuerdo con el estilo inglés, que había transformado el poder ejecutivo en una parte de la soberanía de partidos, sin lograr su esencia y el establecimiento de una oposición, que con la continua fricción

entre los más altos poderes o con los principios de los partidos o entre los partidos por su muy distinta comprensión de la soberanía de ellos, no se manifiesta progresista en sentido orgánico, sino más bien destructivo. Mirabeau, la cabeza más preclara de la Francia en el momento en que ésta sucumbía a las ideas vikings, si hubiese vivido más tiempo, seguramente que habría retornado al absolutismo, a fin de salvar a su patria del pseudo-parlamentarismo de los omnipotentes clubs. El término intriga indica hasta el agotamiento el espíritu que el francés anárquico introduce en lugar de la táctica definida que el inglés introduce en cada forma de gobierno a fin de adaptarla a su estilo de vida. En consecuencia se sucede siempre un despotismo casual como la forma más útil en esta anarquía, durante el que la historia francesa ha alcanzado éxitos pasajeros sorprendentes. Ello es efectivo para Mazarino y Richelieu, y es el anhelo oculto de cualquier círculo político por pequeño que sea. Su confirmación clásica la tenemos en la dictadura militar de un extranjero: Napoleón. Algo semejante había esperado Maquiavelo de César Borgia, en la época del caos del Renacimiento. Sólo Francia e Italia no presentan ideales político propios. El Estado de Luis XIV y el de Napoleón, son casos aislados; no son un régimen de duración, y la monarquía del barroco

es de extracción de Habsburgo y no borbónico. Habsburgo ha sido modelo para las formas de gobierno para las cortes y gabinetes desde Felipe II hasta Metternich: la corte del Rey Sol impresionaba por las ceremonias y el lujo de los trajes. Precisamente la aparición de Napoleón al estilo del Renacimiento es reveladora. Sólo en Florencia o en París podía llevar a cabo papel semejante, sin estar fundamentado en la tradición, este afortunado conductor de soldados, y levantar un Estado de formas tan fantásticas y fugaces. No existía una forma estadual típica. Rousseau, el teorizante de la anarquía política, ha deducido su "Contrato social" de las realidades y seguridad de instinto de trabajo de la **society inglesa**, que al fin exigía, a pesar de todo, el establecimiento de una dictadura con el objeto de poder salir del caos de todas las voluntades individuales. En Inglaterra, Napoleón habría podido llegar a ser Primer Ministro, en Alemania a Mariscal de Campo, en España, ambas categorías a la vez y con poderes ilimitados. Bajo el ropaje de Carlo Magno es concebible sólo en Francia o Italia.

Existía en Prusia un Estado verdadero bajo las más severas exigencias de esta expresión. No existía persona privada bajo esta estricta denominación. Cada cual, que vivía bajo este sistema, trabajaba con la exactitud

de una máquina y formaba parte de ella en cualquier forma como parte integrante. La conducción de los negocios no podía estar en manos de negociantes como lo supone el parlamentarismo. Constituía un empleo y el político responsable era empleado, servidor del todo. En Inglaterra concidían la política y los intereses comerciales, en Francia la turba de políticos profesionales que se manifestó al ser promulgada la Constitución, fué puesta al servicio de los grupos de intereses. En Prusia, el político profesional ha sido siempre persona difamada. Si, pues con el advenimiento del siglo XIX era preciso llegar a la democratización del Estado, ella no debía haberse llevado a cabo bajo las formas inglesas que correspondían a sistema absolutamente opuesto. La democracia no significa la libertad del individuo que coincide con la libertad del comercio sin trabas y que necesariamente conduciría a una política de intereses privados, a la que el Estado serviría de instrumento. Si el ideal de la orden "todos por todos", era revestido de un ropaje moderno, no lo constituía la formación de partidos, que por medio de las elecciones periódicas concedían al pueblo el derecho de emitir su voto por el candidato designado por el partido o de abstenerse, y de intervenir así en los negocios gubernativos como oposición. El principio seguido era

asignar a cada uno de acuerdo con sus aptitudes prácticas morales y espirituales, cierto grado de mando y de obediencia. Era, pues, un grado absolutamente personal y de responsabilidad que como cualquier empleo era amovible. En esta forma representa el sistema de consejeros como fué esbozado por el Barón de Stein hace ya más de cien años, concepción en absoluto prusiana, que se basa en los fundamentos de la selección, de la responsabilidad y del espíritu colectivo. En la actualidad y a la uzansa marxista ha sido enlodado con la mugre del egoísmo de clases. Es el reverso del retrato trazado por Marx de las clases salteadoras de los capitalistas estilo inglés, viking, sin fiscalización del Estado, un sistema de libre-cambio de los de abajo con el proletariado como *society* y en consecuencia, inglés hasta la médula. Representa a Bentham pero no a Kant.

Stein y sus consejeros, educados por Kant, consideraban una organización de profesiones. En un país en que el trabajo es obligación general y esencia de la vida, los individuos llegan a diferenciarse por su rendimiento, no por su riqueza. Luego, asociaciones de profesionales urbanas, de acuerdo con su importancia, correlación con el Gobierno y representación ascendente hasta el supremo consejo de Estado. En todo caso, mandatos amovibles, sin

necesidad de organizar partidos, ni políticos profesionales como tampoco elecciones periódicas. Estas ideas cierto que Stein no las había expresado, posiblemente las habría combatido en la forma como las hemos esbozado, pero estaban en gestación en las reformas que propuso y que eran adecuadas para llevar a cabo la democratización progresiva del Estado prusiano, de acuerdo con su instinto propio y no del inglés o francés. Una selección de las personas para llevarla a cabo lo habría garantizado. A un Gobierno semejante, corresponde un consejo de Estado.

Constituye la relación entre la máquina y el maquinista práctico. A un Estado parlamentario corresponde el consejo privado constituido por cada uno de los partidos, de los que cada uno debe estar en condiciones de poder asumir el gobierno en cualquier momento. Inglaterra en realidad, posee dos consejos **obrer**os o de la **Corona** en vez de un, lo que nos demuestra la esencia del parlamentarismo. El sistema prusiano habría requerido sólo uno de composición estable.

En vez de todo esto y bajo la impresión de la época napoleónica, se hizo predominante la admiración por las instituciones inglesas. Hardenberg, Humboldt y los demás son ingleses. En vez de considerar a Kant se le cedió la palabra a Shaftesbury y a Hume. Donde

se requería una organización interna se la llevó a cabo desde afuera. Todo el amargamiento político del siglo XIX, la ilimitada esterilidad de nuestros parlamentarios en hombres, ideales y rendimiento, la constante lucha con una oposición hostil por principio y la aceptación forzada, provienen de que se obligó a un pueblo a aceptar un régimen severo y humanamente profundo, cuando tenía aptitudes para forjarse un sistema distinto en absoluto, pero de igual severidad y profundidad. Por todas partes donde la política prusiana creadora antigua ha podido demostrarse con libertad tanto en la organización de los sindicatos como en la del cartel, en la de los gremios y en la política social, ha podido dar cuenta de lo que es capaz.

Cuán extraño ha seguido permaneciendo para el pueblo alemán o el prusiano, el parlamentarismo; desde 1870 lo demuestra la indiferencia con que se han recibido las elecciones, a pesar de los afanes de la prensa y de los partidos políticos para darles importancia. A menudo no representaban más que un desagrado indefinido cuando había que acudir a las urnas electorales y no hay otro país en el mundo donde las elecciones de estilo inglés arrojen un reflejo más errado de la opinión verdadera. El pueblo no ha podido acostumbrarse a esta colaboración que le es extraña y no

llegará nunca a hacerlo. Si un inglés no se ocupa de los asuntos tratados en el Parlamento, lo hace por el convencimiento que tiene de que sus asuntos siempre estarán bien defendidos. Si lo hace un alemán es porque lo embarga un sentimiento de indiferencia absoluta. Para el alemán sólo un gobierno es algo real. El parlamentarismo para nosotros no pasará de un sistema de exterioridades.

En Inglaterra los dos partidos han sido los conductores absolutos de la política. Aquí existía un Estado, y los partidos que se fundaron, lo enfrentaban con un espíritu de crítica, a virtud del régimen parlamentario, mientras que en Inglaterra eran consecuencia de su constitución efectiva. Resultado desde luego era un malentendido, entre el régimen que se pretendía introducir y el que existía, entre intención y efecto del sistema, entre la comprensión y la esencia de los partidos. La oposición inglesa es un complemento necesario del gobierno, pues labora con éxito en todos los asuntos. Nuestra oposición es negación efectiva, no sólo respecto de los partidos, sino que con relación al Gobierno. Con la supresión de la monarquía no ha variado el proceder.

Es significativo y delata la fuerza del instinto nacional, que los dos partidos que pueden ser considerados como específicamente prusianos, el conservador y el socialista, no hayan

perdido sus tendencias anti-liberales y anti-parlamentaristas. Ambos, en un sentido más elevado, son socialistas y corresponden, en consecuencia, a los dos partidos históricos ingleses capitalistas. No reconocen una conducción de los negocios de gobierno por particulares o por los partidos políticos, sino que la encomiendan al gobierno, autoridad que se precisa para regular la vida del individuo en beneficio del interés colectivo. Que para esto los unos evoquen a la monarquía y los otros al pueblo trabajador, es sólo diferencia de apreciación en vista de que aquí todo el mundo trabaja y que la voluntad individual queda subordinada a la voluntad colectiva. Los dos partidos, bajo la presión del sistema inglés, eran Estado dentro del Estado, y, en consecuencia, no reconocían a los demás partidos el derecho de existir, sino al propio. Esto sólo excluye el régimen parlamentario. No renegaban del espíritu militar. Organizaban compactos y disciplinados batallones electorales en los que los conservadores eran los mejores oficiales y los socialistas las mejores tropas. Estaban edificados bajo el espíritu de mando y de obediencia, y en igual forma concebían a su Estado, el Estado de los Hohenzollern y el Estado del futuro. La libertad en el uno o el otro, no era la libertad inglesa, Un profundo desprecio del régimen parlamentario inglés, del estable-

cimiento de jerarquías de acuerdo con la riqueza, se manifiesta en toda su labor parlamentaria. Ambos han despreciado el sistema prusiano electoral con sus amargos distinguos entre rico y pobre; los conservadores lo consideraban bastante adecuado como medio; pero en el fondo, despreciaban cualquier sistema de elección, modelo inglés, porque sabían que necesariamente había de conducir a una plutocracia. El que puede pagar régimen semejante, cosecha los frutos. Al lado se presentaba el partido al estilo español, el partido ultramontano, cuya tradición remonta a los tiempos del dominio universal de los Habsburgos y al espíritu territorial de la paz westfaliana. En Napoleón celebraba en secreto al fundador de la unión rhenana. En su táctica substituía aún un resto de la diplomacia maestra de los gabinetes de Madrid y de Viena. Ha logrado poner a su servicio, con la inteligencia madura de la contra-reforma, a las tendencias democráticas y los usos parlamentarios. No desprecia nada; de todo sabe cómo aprovechar de un lado conveniente. Y no debe olvidarse la doctrina socialista y la disciplina del espíritu español, que, como el prusiano, se originó de las órdenes de caballería de la época gótica, y que había establecido un ideal universal con el lema **trono y altar**.

Por último el inglesado espiritual de Ale-

mania se constituyó como partido a fin de luchar por el parlamentarismo verdadero con el entusiasmo de una comprensión mundial, como principio, como ideal o como objeto. Napoleón fué para ellos el portador de ideas libertarias. Confirmaban sus ideas en todo aquéllo donde el inglés había confirmado su talento y sus experiencias. "El punto de vista" es su símbolo. Si se juntan tres liberales fundan un nuevo partido. Es su comprensión del liberalismo. No ingresan a un club de palitroque sin dejar de colocar la reforma de los estatutos a la Orden del día. Como en Inglaterra existe un orden sin la intervención del Estado, cualquier acto del gobierno les causa indignación. Aún en el socialismo odian los principios de autoridad. Esta clase de vecinos constituye un fenómeno alemán genuino. No debería habérsele confundido con la burguesía francesa y menos aún con la clase media inglesa. No se le adapta el gran estilo del liberalismo inglés. **Quod licet Jovi, non licet bovi.** Bajo la levita del individuo liberal existe aún un resabio de las antiguas ciudades del Imperio, que presenta una dolorida y permanente protesta contra las realidades de la civilización moderna y que ha acumulado una incommensurable literatura, de la que en cada libro se pone algo de relieve de entre las duras realidades de los ideales ingle-

ses, sin lo cual no habría cómo oponerse a la dureza falta de romanticismo de las ideas prusianas. Y cada uno de los liberalismos posee esta libertad ingenua, incapaz de organización, que de la esencia del sentimiento inglés sólo ha copiado la dictadura económica de la riqueza privada, sin considerar su finalidad moral como objetivo. Ha logrado juntarla como elemento de combate, que en toda ocasión usaba como arma socavadora, originadora y suicida de oposición, cuando la concepción socialista del Estado prusiano se oponía al predominio de los negocios. Fué este espíritu, el que en la Inglaterra interna logró reunir a los partidos en 1917, el que le permitió a la Inglaterra externa, entre los poderes de la Entente, asegurar la victoria final por el derrumbe del gobierno alemán. Exige el parlamentarismo puro, no porque pretenda un Estado libre sino porque rehusa la intervención del Estado y porque sabe también como Inglaterra, que un Estado con este revestimiento es incapaz de obrar. El miguelismo alemán superestatal lo acepta gustoso. Aunque como finalidad lo considere irrisorio, como medio lo aprecia. Asigna al profesor, ciudadano universal, la cátedra del mundo, la cátedra y los folletines de prensa, al aprendiz parlamentario la política sobre el nivel y en la sala de sesiones. Con esta pareja enjaezada se lanza en

su vehículo hacia la meta de la perfección inglesa. El socialismo alemán ha experimentado en la revolución alemana su mayor derrota; el enemigo lo ha obligado a levantar el arma contra sí mismo.

A pesar de todo, las dos grandes comprensiones mundiales siguen de frente la una contra la otra: la dictadura del dinero y la de la organización, el mundo como botín, riqueza, o dominio, éxito o profesión. Los dos partidos socialistas de Alemania deben aunarse contra el enemigo común, contra la Inglaterra interna, el liberalismo capitalista-parlamentario. Una monarquía socialista (pues el socialismo autoritario es monárquico), pues el puesto de mayor responsabilidad de esta colosal organización, el empleo del primer servidor del Estado en conformidad a la expresión de Federico el Grande, no debe pasar a manos de los usureros privados. Entidad en la que a cada cual y en conformidad a su rango socialista, de su talento y de sus dotes de disciplina voluntaria, le es asignado su puesto en virtud de sus aptitudes organizadoras, su potencia de trabajo, su escrupulosidad y energía y a su inteligente espíritu de solidaridad. El establecimiento del trabajo obligatorio y su consecuencia, una organización gremial que al mismo tiempo es administración, dirigida por un Consejo de Administración en vez de Parlamen-

to y en el que todos trabajan; el oficial militar, el empleado, los campesinos o los mineros, llámese consejo de obreros si se quiere, es un ideal que en el mundo fáustico ha venido madurando lentamente y que ya hace mucho se ha educado a su tipo humano.

En el otro plano vemos a la república mundial capitalista, pues Inglaterra es república. República significa hoy el gobierno por el afortunado particular, que puede pagar su elección y por lo tanto, su influencia, que pretende enriquecerse y que exige la posibilidad para poder lidiar en lucha libre e independiente, teniendo a la tierra como campo de sus cacerías.

Ahora, tories y whigs, los dos partidos capitalistas, se aunarán para enfrentar a la "Prusia interna" a la del socialismo, cuyo séquito son los obreros, pues hay que recordar que el trabajo allá es una desgracia. Ello significa un nuevo acondicionamiento del régimen parlamentario, el que no puede desarrollar su labor con tres partidos. En la vieja Inglaterra se enfrentaban rico con rico, en una comprensión mundial una frente a la otra, dentro de la misma clase superior. Consecuencia es que el parlamentarismo ha fenecido; no hay dudas al respecto. Estaba ya en descenso en Inglaterra, cuando se le ocurrió a la sonsera alemana, implantarlo. Tuvo su mejor

época antes de Bismarck. Constituía una forma antigua, madura, distinguida y muy refinada que requería todo el tino del gentleman inglés de buena estirpe a fin de poder ser dominado a perfección. La suposición natural era un acuerdo en muchas cuestiones, en que las diferencias de apreciación no podían hacer peligrar a la cortesía. La lucha parlamentaria afectaba las formas hidalgas de un duelo entre aristócratas. Pasaba lo que con la vieja música de Bach o Beethoven, que se desarrollaba en un cultura musical, completa hasta la punta de los dedos. Tan pronto que se relaja la severidad de esta cultura, la música se torna salvaje. No hay en la actualidad nadie quien pueda trazar de corrido una fuga de estilo antiguo con facilidad y con el dominio de todas las reglas. Lo mismo sucede con la táctica parlamentaria. Hombres más toscos, preguntas más burdas y todo ha terminado. El duelo se convierte en pugilato. Con los hombres de la educación antigua terminan las viejas instituciones, las formas discretas y el tino. El parlamentarismo de nuevo cuño, presentará la lucha por la existencia en forma mucho menos refrenada y con resultados mucho más desgraciados. Las vinculaciones de los dirigentes de partido con sus miembros y las de los partidos en su relación con las masas, serán más ordinarias, más transparentes y sin

afeites. Es el principio del cesarismo. En las elecciones inglesas de 1918 está ya esbozado. Tampoco nosotros lo escaparemos. Es nuestro destino al igual que el romano, el chino y el de todas las civilizaciones modernas. Pero la eterna cuestión la vienen a constituir o los millonarios, o generales, o banqueros o empleados de gran estilo.

M A R X

Pero en esta lucha final de los ideales germánicos se ha venido a introducir un factor completamente diverso; la cuestión obrera. Allí es un contraste interno de comprensiones mundiales que exige una decisión a fin de impresionar en forma definitiva a la vida del hombre fáustico; aquí es una miseria material que exige un cambio de las condiciones de la vida externa. Lo uno hasta cierto punto es metafísico y lo otro economía política. Hemos establecido en esta forma las diferencias de rango entre ambos aspectos.

El problema del cuarto estado se presenta en toda cultura durante su transformación en civilización. Para nosotros se inicia en el siglo XIX. Rousseau de repente ha envejecido, El tercer estado pertenece a la ciudad, que se

coloca junto al campo como de igual calidad; el cuarto pertenece a la urbe mundial que aniquila los campos. Es el pueblo desarraigado de alma de la época moderna, que cual nómades en masa informe y anárquica, fluye por esos laberintos graníficos, que recogen los restos de humanidad animada que los va encontrando, sin patria, amargados y miserables, plenos de odio contra las firmes gradaciones de la vieja cultura para la que se ha extinguido y que tratan de buscar su liberación de una existencia imposible. La civilización de la Europa occidental es dominada en todas sus manifestaciones y formas por la industria mecánica. El obrero industrial en ninguna forma, pertenece al cuarto estado, pero con razón se considera como su representante. Es un símbolo. Como tipo se ha iniciado con esta civilización y siente el defecto de su existencia con una mayor intensidad. Si otros son esclavos de la época técnica, entonces él con mayor razón es esclavo.

Pero una solución de la cuestión obrera para el obrero únicamente y por el mismo, no es posible. El cuarto estado es una realidad y no solamente una idea. Frente a una realidad no hay sino compromisos materiales, no como efecto y realización de ideales cualesquiera, sino como resultado estratégico de una larga lucha por el provecho a costa de otros,

que llega a una especie de tregua, en la que por fin se acepta con resignación la situación que se ha derivado de todas las contingencias de la lucha, a fin de tratar de encontrar un átomo de felicidad, a la que se va habituando, la felicidad del chino, la felicidad de la época romana cesárea; *panem et circenses*. En la época actual es difícil comprenderlo, pues nos encontramos en el vértice de la ebullición de las masas urbanas, cuando el observador atento, a causa del bullicio de los términos de batalla, exagera las probabilidades interesadas del egoísmo de clases; pero en uno o dos siglos, todo habrá cambiado si el movimiento obrero no se ubica al servicio de un ideal general. ¿Qué subsistía de las pasiones de la época de los Gracos en el tiempo de Augusto? El problema no había sido resuelto, en cambio se había deshecho.

Ahora se nos presenta Marx. Por medio de una brillante estructura ha tratado de elevar a la realidad al rango de un ideal. Entra el poderoso contraste del espíritu viking y el de la orden, insinúa una diluída pero compacta doctrina y crea en esta forma, una popular reproducción de la historia, que en verdad domina los aspectos del presente. Provenía de un ambiente prusiano y se estableció en el inglés; sin embargo, ha permanecido extraño al alma de los dos pueblos. Como hombre del si-

glo XIX y de las ciencias naturales, era un buen materialista y un mal psicólogo. Así no ha logrado establecer un ideal con las verdaderas realidades sino que las ha denigrado a meros intereses. En vez de la sangre inglesa, que no sentía en sí, contemplaba nada más que objetos y conceptos ingleses, y de Hegel, que representaba un buen grado del ideal estadual prusiano, sólo había logrado comprender el método. En esta forma, y valiéndose de una burda combinación, presentó el contraste de instinto de las dos razas germánicas como el contraste material de dos clases. Atribuyó al proletariado, o sea al cuarto estado, el ideal prusiano del socialismo y a la burguesía, o sea al tercer estado, el capitalismo inglés. De este sistema deduce los cuatro conceptos que en la actualidad son conocidos por todos. Con el establecimiento de sus términos de batalla logró consolidar a casi todo el proletariado en categorías de clase de orgullo definido. El cuarto estado se ha apropiado su manera de pensar y de hablar. Proletariado ya dejaba de ser una denominación, para transformarse en problema. El futuro no se verá sino a través de un trozo de literatura. En la superficialidad del sistema descansa su fuerza. Aunque siempre subsiste un socialismo español eclesiástico, otro inglés capitalista y uno prusiano autoritario, y movimientos proleta-

rios de carácter anarquista, capitalista y socialista, nadie sin embargo lo sabe. La fe en la unidad de los anhelos es más fuerte que la realidad y como siempre, en occidente se apoya en un libro, del que dudar constituye delito. La palabra impresa garantiza al espíritu fáustico su influencia hacia todos los ámbitos del espacio y del tiempo. En la revolución inglesa el argumento era la Biblia, en la francesa el **Contrat Social** y en la alemana el manifiesto comunista. Con la transferencia del contraste de raza hacia el de clases y de los viejos instintos germánicos hacia las necesidades de las poblaciones de las grandes urbes, queda establecido el concepto decisivo de la lucha de clases. La dirección horizontal de las fuerzas históricas se transforma en vertical; así se explica el concepto materialista de la historia. El entendimiento de las ciencias naturales de la época exige el contraste entre fuerza y materia: la materia de las fuerzas políticas con los pueblos, y los elementos de las fuerzas materiales se denominan clases. El marxismo trueca la categoría de las dos fuerzas y con ello el de la materia. En esta forma el vocablo clase adquiere una nueva acepción.

Con toda la incompreensión de una inteligencia de 1850, educada en las ciencias naturales, Marx no sabe qué hacer con la diferencia de Estado y clase. Un Estado es un concep-

to ético, la expresión de una idea. Los privilegiados de 1789 estaban frente a la burguesía como un Estado, que era un ideal de forma, la *grandeur*, la *courtoisie*, que reunía la distinción interior y exterior, sin distinción a lo que la ruina hubiese dejado existente. La burguesía no aceptaba la superioridad ética de las costumbres antiguas distinguidas y así se produjo el rechazo de las prerrogativas sociales. El intelecto parisién educado a la inglesa opuso otro ideal y el instinto francés creó con él, el principio de la igualdad en sentido ético. Constituía la nueva interpretación de la sociedad humana, o sea la igualdad y la aceptación del ideal moral, fundado en la razón y en la naturaleza y no en la sangre o en la tradición.

Clase es, pues, un concepto absolutamente económico y por su intermedio el concepto ético político de la burguesía de 1789, es adaptado al concepto económico de 1850. El ideal de clase se ha transformado en el interés de clase. Sólo en Inglaterra las clases habían sido especificadas de acuerdo con su riqueza. La clase media comprendía a aquellos que viven de su trabajo sin ser pobres. La clase superior era rica sin trabajar. La clase inferior trabajaba y era pobre. En Prusia era la posición, un más o menos de mando y de obediencia, lo que distinguía a las clases.

Aquí, fuera de la clase campesina, existía la clase del funcionario, luego, no una función económica y por lo tanto, una unidad de labor. A la esencia de la Francia moderna, es característica la ausencia de clases. La nación es una masa subordinada, en la que se distinguen ricos y pobres, pero sin formar su respectiva clase. Toda la nación es una clase y una clase única y no de una constitución al estilo de la rigurosa jerarquía germánica.

Marx en su raciocinio es inglés puro. Su sistema de dos clases lo ha derivado de las condiciones de un pueblo comerciante, que sacrificó su agricultura en beneficio de este comercio y que jamás había tenido un cuerpo de funcionarios públicos con el sello prusiano de clase. No existen más que **bourgeois** y **proletarios**, sujetos y objetos del negocio; ladrones y robados, de manera viking en absoluto. Aplicados al dominio de la comprensión estadual prusiana, estos conceptos son errados. Marx no fué capaz de establecer la diferencia entre el principio "todos para todos", y que cada uno, en consecuencia, sin distinción de su posición es servidor del Estado, con respecto a la realidad de la esclavitud industrial inglesa. Tomó nada más que el aspecto exterior del prusianismo; su organización, la disciplina, el espíritu de solidaridad, algo que es independiente de una clase singu-

lar, una forma técnica, el socialismo, para entregarlo como arma y finalidad al proletariado, organizado a la manera inglesa, para de manera viking trocar los papeles de los ladrones y de los robados. Expropiación de los expropiadores, complementado con un programa en extremo egoísta; la repartición del botín después del triunfo. Una dificultad la constituye la definición de las dos clases. La burguesía, según el concepto de Marx, es algo muy diferente que en el de Rousseau. Hay una gran diferencia, sea que se le emplee como contraste a los privilegiados de los tiempos feudales, o conforme al criterio de las masas urbanas, proletarias. A los tres estados de 1789, y de acuerdo con el sentido, no existe otro cuarto, pero al cuarto actual no hay un correspondiente, ni primero, ni segundo. Sieyès había calculado al clero en 80,000, a la nobleza en 120,000, y al tercer estado en 25 millones de personas. Por consiguiente, el último constituía el pueblo. "Bourgeois" significaba "todos". Luego, el campesino francés también era "bourgeois".

El cuarto estado es una minoría, y difícil de separar, pues los límites varían según su designación, trabajador manual, industrial, proletario o masa. Suelen establecerse y comprenderse las gradaciones en esta forma, pero se diferencia bien poco de la burguesía,

a la que pertenecen naturalmente todos, con excepción de los empresarios.

El tercer estado era en verdad una negación. Pretende indicar que ya no debe haber distinción de clase. El cuarto estado vuelve a suprimir esta igualdad. Establece una profesión como comparativo en la vida social; retrocede a la época anterior a 1789, y la presenta ahora como clase privilegiada. Es inherente a lo que se entiende por dictadura del proletariado, al dominio de una clase que no está segura de su superioridad numérica. En esta forma se ha regresado con la finalidad de clases a una caricatura del antiguo ideal de los estados. No pasa de ser literatura, pues no es ni la sangre, ni la educación la que se nos presenta en estas estructuras, pero las ridiculeces de la revolución alemana, los Consejos de Obreros como nueva Cámara Alta, el enaltecimiento del obrero hacia el nivel del gentleman con salario corrido a pesar de la huelga, nos indica que así como en las épocas de Cromwell y Robespierre, también una realidad grotesca puede tener su origen en la literatura.

Aun la moral de Marx es de origen inglés. El marxismo denota en cada frase,

que proviene de una mente religiosa y no de un raciocinio político. Su teoría económica es consecuencia de un sentimiento ético fundamental y la comprensión materialista de la historia constituye el capítulo final de una filosofía cuyas raíces alcanzan a la revolución inglesa con sus citas bíblicas que han orientado el pensamiento inglés.

Así sucede que sus conceptos fundamentales sean palpados como contraste moral. Los términos socialismo y capitalismo indican lo bueno y lo malo de esta irreligiosa religión. El burgués es Satanás, el trabajador a jornal el ángel de una nueva mitología, y basta ahondar un poco lo patético y vulgar del manifiesto comunista para reconocer al cristianismo independiente bajo su careta. La evolución social es la "voluntad de Dios". Los "anhelos supremos", lo eran antes; "la felicidad eterna", el derrumbe de la "sociedad burguesa" y el día del "juicio final".

En esta forma enseña Marx el desprecio por el trabajo. Quizás no lo haya comprendido. El trabajo, un trabajo duro y prolongado es una desgracia, el provecho sin mayores esfuerzos una infelicidad. Tras el menosprecio genuino inglés del individuo que sólo posee sus dos brazos para poder vivir, se nos presenta el espíritu viking, cuyo superior anhelo es hacer botín y no el tener que parchar

el velámen de sus barcos. Por esta razón el obrero de labor manual en Inglaterra es más esclavo que el de cualquiera otra parte. Lo es moralmente, pues su oficio lo excluye del apodo de gentleman según su pensar. En los conceptos de burguesía y proletariado, se enfrentan las valuaciones inglesas de ganancia mercantil y la de la obra de mano. Lo uno es felicidad, y lo otro, desgracia; lo uno es distinción y lo otro vulgaridad. El odio del desgraciado expresa sin embargo: lo primero es el oficio del malo, lo segundo, del bueno.

En esta forma se explica el criterio de Marx, del que ha resultado su crítica de la sociedad y que lo ha hecho tan perjudicial al socialismo verdadero. Carece la ciencia del trabajo sólo bajo el punto de vista inglés, como un medio de adquirir fortuna, como medio carente de profundidad moral, pues sólo el éxito, el dinero, la gracia de Dios hecha visible, eran de significado ético. El inglés carece del sentido de la dignidad del trabajo severo. Desgraciado aquel que no tiene sino trabajo, trabajo y más trabajo y que ante todo no llegue a adquirir fortuna. Si Marx hubiese comprendido la razón del trabajo prusiano, de la labor por ella misma, como servicio que se presta a la colectividad y no para sí, sino como una obligación que ennoblece, sin conside-

ración al trabajo que se ejecuta, posiblemente no habría redactado su manifiesto.

En esto lo secundó su instinto judío, el que ha quedado caracterizado en su exposición con respecto a la cuestión judía. La maldición del trabajo corporal, al iniciarse el génesis, la prohibición de profanar el domingo, le hizo aceptar la contemplación patética inglesa del antiguo testamento en lo político. Y por ende, su odio contra los que no tenían necesidad de trabajar. El socialismo de Fichte los despreciaría por perezosos, como superfluos, faltos a sus deberes, parásitos de la vida, pero el instinto de Marx los envidia. Lo pasan demasiado bien y, en consecuencia, hay que levantarse contra ellos. Le ha inculcado al proletariado el desprecio por el trabajo. Sus más fanáticos apóstoles pretendían la destrucción de toda la cultura, a fin de reducir en lo posible el trabajo a lo más indispensable. Lutero había ensalzado, como agradable a Dios, el trabajo, aún el más humilde; Goethe lo conceptuaba como exigencia del día; ante el criterio de Marx se presenta el ideal del holgazán proletario; que todo lo posee sin mayor esfuerzo, es el ideal supremo, la expropiación de los bienaventurados. Y tiene razón, si se considera el espíritu inglés. Lo que el inglés considera como bendición, el éxito comercial que evita el trabajo corporal, que trans-

forma al individuo en gentleman, debería quedar reservado para todos los ingleses. Para nosotros, proceder en esta forma, es ordinario, el gusto del **mob** y **snob**.

Esta ética preside sus convicciones económicas. Su pensamiento es manchesteriano, igual al de Cobden, quien, en esa época, conducía al triunfo la doctrina del libre cambio de los whigs. Marx combate el capitalismo que deriva su justificación de Bentham y Shaftesbury y formulada por Adam Smith, pero no pasa de la crítica, niega y no crea, obtiene sus argumentos del objeto del que abomina.

El trabajo para él constituye mercadería y no un deber, lo que viene a ser el fundamento de su economía política. Su moral se transforma en moral de mercader. Entre líneas se percibe que el negocio no es inmoral, sino que el obrero es un sonso. Y el obrero lo ha comprendido. La lucha por el salario pasa a ser especulación y el obrero pasa a ser negociante con su mercadería "trabajo".

El secreto de la célebre expresión del mayor valor es la que lo hace ser considerado como botín que el contendor ha logrado conquistar. No se le concede. El egoísmo de clase ha sido levantado como bandera. El obrero manual no sólo pretende negociar sino que dominar al mercado. El marxista verdadero es enemigo del Gobierno por las mismas ra-

zones que el whig: porque le impide el considerado desarrollo de sus negocios privados.

El marxismo constituye el capitalismo del proletariado. Evóquese a Darwin, quien se aproxima al espíritu de Marx, como al de Cobden y Malthus. El comercio siempre ha sido considerado como lucha por la existencia. En la industria el empresario negocia con la mercadería "dinero"; el obrero manual con la mercadería "trabajo". Marx quisiera sustraer al capital el derecho para sus intereses particulares, pero sólo sabe reemplazarlo por el derecho del trabajador en pro de sus propios intereses particulares. Es asocial, pero es un temperamento inglés genuino.

Marx, bajo este punto de vista, se ha tornado inglés. En sus raciocinios no entra el Estado. En esto piensa como la *society*. Tal como en la existencia parlamentaria inglesa, así también en su vida económica, no hay más que un sistema de partidos soberanos, nada que esté por sobre de los partidos. Luego no hay lucha, ningún tribunal arbitral, no hay sino triunfo o derrota; sólo concibe el triunfo de uno de los partidos. La dictadura del partido capitalista, del malo, la pretende reemplazar por la del partido proletario, del bueno.

El Estado prusiano-socialista está más allá de lo bueno o de lo malo. Lo constituye todo el pueblo y delante de su absoluta sobera-

nía, ambos partidos no pasan más allá de partidos. Son minorías que trabajan por la colectividad. El socialismo, en su sentido técnico, es el principio del empleado. Cada trabajador, en último caso, pasa a la categoría de empleado, en vez de la del negociante; lo mismo sucede con cualquier industrial. Hay empleados de la industria y del comercio, como también empleados militares y de comunicaciones. Bajo esta forma ha procedido la cultura egipcia; en un sentido completamente diverso la cultura china. Es la forma interna de la civilización política de occidente, expresada ya en las ciudades góticas por sus gremios y cofradías y también en los ornamentos de las catedrales góticas de los cuales cada uno es parte necesaria del todo armónico. Marx no lo ha comprendido así. Su horizonte y su fuerza creadora espiritual alcanzaban sólo para trocar una sociedad mercantil privada en otra sociedad obrera privada. Es crítico de primera clase, pero resulta incapaz como creador. Su constante retroceso ante la cuestión de su comprensión de un mecanismo gigante de gobierno semejante y sus alabanzas de profano respecto del caso especial de una urbe mundial sitiada, referente al sistema de consejeros de la comuna parisiense de 1871, lo demuestran. Lo creador no se aprende. Se posee o se carece de él. Toda la de-

mocracia social del siglo XIX no ha producido sino un creador de alto estilo, un político que no manejaba la pluma, pero que sabía lo que es gobierno: Bebel. De seguro no el primero en inteligencia de su partido, pero su primero y único organizador. Para un gobernante se precisan talentos muy distintos a los de un escritor. Napoleón no toleraba escritores en sus inmediaciones.

Consecuencia del darwinismo económico del inglés y del sistema de lucha de clases de Marx, el arma natural entre mercantilismo y proletariado es la huelga. Por medio de la huelga se le niega al comprador la mercadería "trabajo". Por la huelga del partido contrario, la no aceptación y suspensión de las labores, al comprador se le niega la mercadería "dinero". Un ejército de trabajadores de reserva (falta de obreros) garantiza sus labores a los compradores de trabajo. La huelga es la característica social del marxismo, su característica clásica de proveniencia mercantil, la que Marx profesaba por instinto y por hábito.

En un Estado autoritario el trabajo no es mercadería sino una obligación con respecto a la colectividad y no existe, y es signo de la democratización prusiana, diferencia en la dignidad moral del trabajo: el juez y el científico "trabajan" al igual que el minero y que el tornero. Era pues concepción inglesa, que por

la revolución alemana el obrero explotase al pueblo, al exigir salarios elevados por un mínimo de labor y pretender elevar el valor de su mercadería con respecto a las demás. El arma de la huelga nos indica de que no existe un gobierno delegado del pueblo sino que nada más que uno de los partidos. De índole marxista y en consecuencia inglesa, es la idea de la lucha libre por los salarios y una vez obtenido el triunfo del partido proletario, su fijación arbitraria inapelable.

La concepción prusiana es la fijación equitativa del salario para cada especie de trabajo, escalonado de acuerdo con la situación económica general, en interés del pueblo y no de una clase determinada. Es el principio de los emolumentos del escalafón de empleados, aplicado al conjunto de los obreros. Incluye la prohibición de huelga, por considerársela ilegal y comercial. La fijación de los salarios debe ser retirada tanto a los obreros como a los empresarios y asignada a un consejo económico, en tal forma, que ambas partes deben poder contar con una magnitud determinada, tal como ha sido establecido en otras actividades, tanto en las empresas como en las normas de la vida (1).

(1) Habría que considerar un sistema en el cual cada obrero, el militar como el empleado, como

El marxismo carece de sentido ante las formas innatas del individuo socialista-prusiano. Lo puede rechazar o suavizar, pero al fin como lo animado y natural, se demostrará más fuerte que lo teórico. En el ambiente inglés está en su casa; aquí se le comprende mejor que al socialismo verdadero y con el deliberado duelo de los partidos económicos fenece el parlamentarismo de antiguo cuño. Los dos partidos constituídos por las clases dirigentes se habían venido constituyendo políticamente y en cuestiones económicas, estaban en íntimo acuerdo. Aún la lucha por el sistema del libre cambio por los años de 1850, la época postrera del parlamentarismo clásico y en la que vencieron los whigs, se llevó a cabo con toda corrección. Los tories y los whigs se diferenciaban sólo en sus preferencias por la guerra, sumisión y protección comercial — el valor y la astucia de los piratas.— En la actualidad el contraste económico ha dado origen a dos nuevos partidos (el del dinero y el del trabajo) cuya lucha ya no es posible con los recursos del parlamentarismo. Ya no se

también el obrero, tuviesen una cuenta en una especie de Banco o Caja de Ahorros a los que se transpasarían los montos de los pagos por efectuar. A cada uno le serían abonados sus salarios escalonados, de acuerdo con un determinado plan, de acuerdo con sus años de servicios y con el número de miembros de su familia.

combate por la forma sino por el fondo, y cuando en estas condiciones no se acepta la subordinación a un Gobierno apolítico no queda sino el dominio de uno de los partidos con respecto al otro.

21

Marx ha ampliado a toda la humanidad las condiciones de la Inglaterra industrial que había contemplado desde un punto de vista muy esquemático y poco definido. Sostiene la aplicación de sus construcciones económicas para toda la sociedad humana como el complemento de lo único efectivo en el transcurso de la vida. En esto se parece a Darwin, quien sostenía, apoyándose en Malthus, que su sistema era aplicable a todos los organismos, cuando en realidad apenas puede ser aplicado a las especies de animales superiores, semejantes al hombre y que resulta errado cuando se considera su aplicación a la creación selectiva.

La comprensión histórica material, que considera la situación económica como causa (en la acepción física de la palabra) y a la religión, al derecho, las costumbres, el arte y las ciencias como consecuencia, tiene en esta época tarda algo convincente, porque apela a los sentidos de los individuos de la gran urbe, irreligiosos y sin tradición. No precisamente

que la situación económica sea la causa, sino que el arte y la religión se han tornado débiles, vacíos, dados a exterioridades y que se manifiestan como siluetas en la manifestación verdadera de la época. Ello es inglés legítimo, la religión como *cant*, el arte como *confort* de la clase superior y como limosna para la inferior. (El arte para el pueblo).

Pero Hegel está por sobre y su discípulo Marx por debajo del plan de la realidad histórica. Si se separa la metafísica de Hegel, se nos presenta un comentador estadual como no lo ofrece la filosofía moderna de comprensión tan real. Como prusiano coloca el Estado en el polo de sus raciocinios sumamente profundos, casi goethianos, tal como Marx, inglés por vocación, coloca a la economía como eje de su evolución económica darwinista (en alemán progreso). El Gobierno es para Hegel el causante de la historia. La política es historia. Sociedad humana no es expresión propia de él. Los altos funcionarios de la época de Bismarck eran severos hegelianos. Marx supone la historia sin intervención de los gobiernos; la historia es el arma de los partidos, la lucha de intereses privados económicos. La comprensión materialista de la historia es comprensión histórica inglesa, la manifestación de un pueblo de vikings y de mercaderes independientes.

Pero las suposiciones de esta manera de pensar ya no existen en la actualidad. El siglo XIX era el de las ciencias naturales, el siglo XX le pertenece a la psicología. Ya no creemos en el predominio de la razón con respecto a la vida. Comprendemos que la vida prima con respecto a la razón. El conocimiento del hombre nos es más importante que las ideologías abstractas y generales; de optimistas nos hemos transformado en escépticos, no debemos considerar lo que podría haber sucedido, sino lo que ha de venir. En vez de transformarnos en esclavos de ideales debemos de preferencia tratar de dominar los acontecimientos. La lógica de la naturaleza, el encadenamiento de causa y efecto nos impresionan como superficialidades; sólo la lógica de lo orgánico, el destino, el instinto, que se presienten, y cuya omnipotencia contemplamos en el correr del tiempo, es lo que nos atestigua la profundidad de lo venidero. El marxismo es una ideología. Lo indica su entendimiento de la historia, que el materialista asigna al cristianismo, después que la fe se ha extinguido. Desde la antigüedad, a través de la Edad Media, hasta los tiempos modernos, avanza el camino de la evolución en cuyo término se alza el marxismo realizado, el paraíso terrenal. Es inútil contradecir esta convicción. Proveer al individuo moderno de una

nueva vista no es conducente, lo que importa es una nueva comprensión. Tanto la vida como la humanidad no presentan una finalidad definida. La existencia del mundo, en la que nos toca labrar nuestra vida, durante cortos momentos, es algo tan superior que no se comprende cómo una miseria, cómo la felicidad de los más pueda ser su objetivo. En la carencia de alguna finalidad tenemos la grandiosidad del espectáculo. Así lo comprendía Goethe. Pero esta vida con que se nos ha obsequiado, esta realidad que nos envuelve, en la que nos ha colocado el destino, debemos llenarla con un máximo de labor, vivirla en forma que podamos enorgullecernos de nosotros mismos, y obrar en tal forma que en nosotros mismos perdure algo de esta realidad que se viene perfeccionando. No somos hombres de por sí. Ello pertenece a ideologías caducas. La ciudadanía internacional es una frase hueca. Somos individuos de un siglo, de una nación, de un círculo y de tipo determinado. Son las condiciones necesarias bajo las que podemos reconocer sentido y profundidad a la existencia, y cuando podemos ejercer nuestras actividades como actores. Cuanto mejor vamos cumpliendo con llenar estos límites, tanta mayor influencia ejerceremos. Platón fué ateniense, César romano, Goethe alemán, lo fue-

ron cada uno en toda su acepción e integridad y es la suposición de su importancia mundial.

Contemplado desde este sitio, estamos en medio de la revolución alemana, enfrentándose socialismo y marxismo. El socialismo, el prusianismo, aun no comprendido, es una realidad del más elevado rango; Marx es literatura. Una literatura envejece, una realidad vence o muere. Compárese la crítica socialista en los congresos internacionales con una realidad socialista, el partido de Bebel. La expresión que las ideas hacen a la historia universal, es tal como se la pretende hacer comprender, nada más que charla literaria interesada. Las ideas no se expresan. El artista observa, el pensador siente, el estadista y el soldado las realizan. Las ideas impulsan por la sangre y no por el razonamiento abstracto. Se manifiestan por el modo de ser de los pueblos, por el tipo de los hombres, el simbolismo de acciones y obras, y poco importa que los hombres las conozcan, las discutan o escriban a su respecto con acierto o de manera errada. La vida es lo primero y último, y la vida no presenta sistema ni programa, ni razones. Existe de por sí y para sí y por el profundo orden en que transcurre, nos es dado contemplarla y sentirla, y quizás describirla; pero no para descomponerla como buena o mala, como correcta, o errada, como útil o deseable.

Por eso el marxismo no es idea. En él se han reunido vestigios y formas perceptibles de dos ideas en una forma arbitraria. Este criterio es pasajero. Era efectivo porque cada pueblo ha empleado sus postulados como arma. Por otra parte, es indiferente que se las haya comprendido o nó. Obraban porque el sonido de las palabras y el peso de las frases inducía a creer en algo. Lo que se creía era otra vez el grito de la propia vida o sea el de la propia sangre.

El marxismo, con su retumbante orgía de tentativas por establecer una realidad, ha fracasado. El Manifiesto Comunista hacía el año 1918, su estreno bajo las apariencias de curiosidad literaria, tal como el Contrato Social lo había hecho en 1793. El socialismo verdadero, intuitivo como expresión del sentimiento prusiano primitivo, que se había extraviado hacia Inglaterra, vuelve a su origen y adquiere importancia.

LA INTERNACIONAL

Más tarde se contemplará con ironía lo que hoy como socialismo internacional domina en el concierto del mundo. Lo que existe en verdad son los términos de batalla de la Internacional, el marxismo como frase, que permitirá al marxismo, durante algunos decenios y en una menor escala que lo que es de sospechar, por el ruido de sus Congresos y de la confianza en sus citaciones, despertar en el proletariado de todos los países un sentimiento de confraternidad. En verdad, la unificación se limita a creer que en realidad existe y en el hecho de que un movimiento en un país suele producir convulsiones semejantes en el vecino. Pero es indicio para una civilización como la actual, tan nutrida de literatura, que los conductores de las masas que viven en una constante atmósfera de teorías, pueden llegar a constituirse en portadores muy

efectivos de realidades. En estos Congresos de la ficción, se juntan los representantes del sentimiento inglés, francés, alemán y ruso, para, aunque en el fondo no logren comprenderse, ponerse de acuerdo con unas cuantas frases, las que creen expresan y comprenden, lo que consideran aceptado.

Pero la niebla con que cubre esta realidad a la otra de los instintos nacionales, quedó demostrada en Agosto de 1914, donde se esfumó en un día bajo el impulso de los instintos naturales y no de los espirituales. En cada país el socialismo es de diferente estructura y constitución. Hay tantos movimientos obreros como razas existen en el sentido espiritual, y que encuentran apoyo tan pronto como se trata de establecer los odios comunes, tal cual acontece en las contiendas entre los propios pueblos. Hay jacobinos rojos, y puritanos rojos, un Versalles rojo como un Potsdam rojo. Entre Shaw y Bebel hay el mismo distanciamiento que entre Rhodes y Bismarck. Siempre es la misma tela de la que todos se confeccionan sus trajes.

Durante la guerra mundial no fué sólo la Entente la que emprendió la guerra contra Alemania, sino también el pseudo - socialismo de los países de la Entente, el que luchaba contra el socialismo verdadero: el socialismo prusiano. El socialismo verdadero se ha traí

cionado a su sí mismo en la persona del Emperador, ha traicionado su proveniencia, su razón y su situación en el mundo socialista. Bebel lo habría sospechado y evitado. Hoy día asisten a los fementidos Congresos y vuelven a suscribir el Tratado de Versalles una y otra vez, bajo el dominio de la palabrería. El socialismo alemán no tiene su más encarnizado enemigo en el capitalismo alemán que presentaba características socialistas definidas y al que ha impelido desde 1917 hacia las modalidades inglesas; de modo intensivo, por la relajación de los gremios organizados maestramente y por el establecimiento de los Consejos Obreros locales, tras los que ocultaban los socialistas de mayoría sus tendencias liberal - parlamentarias y lo que en la patria del capitalismo se practica bajo la denominación de socialismo. Lo que Engels pudo percibir con su perspicaz espíritu de que no existía sino socialismo alemán, lo han olvidado los actuales dirigentes del socialismo y se lo tratan de demostrar por una sumisión miguelista a los socialistas de la Entente.

En el hecho, el socialismo francés, de las asonadas y del sabotaje, no pasa de ser un definido sentimiento de la revancha social, que ya durante el levantamiento de la Comuna en París, había encontrado sus Clemenceau, el inglés un capitalismo reformador, y sólo el

alemán una comprensión mundial. El francés permanece anarquista, el inglés liberal, pero tanto el uno como el otro, son patriotas y después quizás, en teoría, partidarios de la Internacional. El socialista nato, el obrero prusiano, siempre ha sido el hazmereír de los demás. Solo él tomó a lo serio la frase de la iglesia de San Pablo. El, que como único, podía vanagloriarse de poseer una creación grandiosa, era un convencido oyente de los otros, a quienes ayudaba a pagar sus huelgas.

Una Internacional efectiva sólo puede establecerse por el triunfo de los ideales de una raza sobre las demás y no por la disolución de las opiniones de una masa desteñida. Seamos al fin escépticos y arrojemos las ideologías anticuadas. No hay reconciliaciones en la historia verdadera. El que confía en ellas, debe tener un constante espanto por la danza loca de los acontecimientos y se refugia en una esperanza torpe cuando presume ahuyentarlas por medio de tratados. No hay sino un fin de la permanente lucha: la muerte; la extinción de un individuo, la de un pueblo, la de una cultura. La nuestra está aún en la sombra de los milenios próximos. Nosotros, los alemanes, colocados en este siglo, entrelazados por nuestra existencia con esta civilización fáustica, poseemos aún grandes cualidades e inmensas posibilidades y tenemos mag-

nos problemas ante nosotros. A la Internacional, que sin remedio se prepara, presentamos el ideal de la organización mundial del Estado universal. Los ingleses, el de los trusts mundiales y la explotación mundial. Los franceses no presentan nada. No respondemos con palabras sino que con acciones. Con el prusianismo se eleva o se derrumba el ideal de la orden del socialismo verdadero. Sólo la Iglesia persevera en el ideal español antiguo del dominio universal, el cuidado y la salud de todos los pueblos a la sombra del catolicismo. Desde los días de los güelfos amenaza el peligro de una guerra colosal entre una comprensión mundial religiosa y otra política. En este momento triunfa un tercero, el ideal viking, el mundo no como Estado, ni iglesia, sino como botín.

La verdadera Internacional es imperialismo, dominio de la civilización fáustica, luego de toda la tierra, por medio de un solo principio conformativo, no por igualación o concesión, sino por el triunfo o el aniquilamiento. El socialismo tiene de adláteres al capitalismo y al ultramontanismo, y también en contra tres manifestaciones de la voluntad: el gobierno, el dinero y la iglesia. Las fuerzas están distribuidas en el mundo de la conciencia política, económica y religiosa, de las que cada una trata de subordinar a las otras dos.

Son los instintos creadores del hombre prusiano, del inglés y del español, y desde la elevación de la fuerza espiritual helada de la civilización moderna alcanzan hasta esos tempranos e impulsivos hombres de la época gótica, que con espada y arado subyugaron los pantanos brandeburgueses; que cruzaban el Mar del Norte con sus débiles esquifes y que conducían su guerra religiosa hacia el sur de los Pirineos. El Gobierno brandeburgués, inglés y español, indican un alma diferente al alma francesa. Estos instintos son más poderosos que todo, pues suelen sobrevivir a los pueblos por haber creado símbolos concretos. Ya existía un espíritu romano, en el tiempo en que aún no había romanos. El espíritu español, como pueblo, ha perdido su valor, pero la iglesia perdura con fuerzas inquebrantables.

Son estas las realidades que la Internacional, con los términos de batalla de Marx, cree poder nivelar.

23

El más pernicioso es el comunismo. Con su crítica se toca la cuestión cardinal de la propiedad. No es esta la ocasión de dilucidar más que en esquema esta difícil cuestión y las íntimas relaciones entre propiedad y ma-

trimonio, propiedad e ideal político, propiedad y comprensión mundial. Cada una de las grandes culturas, posee en estas cuestiones su lenguaje propio. La concepción occidental de la propiedad es muy distinta a la de la antigüedad, de la hindú y de la china; la propiedad representa poder. Lo que no obra en sentido dinámico; toda propiedad inerte, la fortuna en sí, significa bien poco al hombre fáustico. * En esto descansa el secreto del realce de la propiedad productiva, con referencia a lo demás de la mera fortuna. La satisfacción antigua, sensual, de la acumulación de tesoros, es muy rara entre nosotros. El orgullo del conquistador, del comerciante y jugador, aún del coleccionador de obras de arte, se fundan en el convencimiento de haber adquirido poder con el botín. La sed de oro española, la sed de tierras inglesa, van dirigidas hacia la adquisición de propiedad productiva. Contra esta enérgica comprensión de la propiedad, se manifiesta en París otra: la del ideal rentístico. No efecto, sino goce, no "todo" pero "bastante"; no acción, sino vivir es la finalidad de este temperamento codicioso. Los condottieri italianos pretendían sus principados y tesoros, a fin de poder gozar a sus anchas de la cultura holgazana de su siglo. La casa bancaria de los Médicis, una de las primeras de Europa, distaba mucho de

pretender el dominio del mercado mundial. Luis XIV comisionaba a sus generales y concesionarios, para poder establecer una base definida para la existencia olímpica del Rey Sol. La nobleza francesa de Versalles estaba dominada por los sentimientos del Renacimiento. Su cultura era todo, menos que de condición dinámica. Ingleses viajeros como Yung, estaban extrañados por la manera defectuosa con que administraban sus predios. Les bastaba ser "dueños" y que el administrador lograra reunir los dineros para poder cubrir los gastos de la vida en París. Esta aristocracia del siglo XVIII hacía un contraste muy marcado con la nobleza inglesa, prusiana activa, laboriosa y conquistadora. La tendencia conservadora francesa la ha incapacitado para dominar en el mercado mundial y para llevar a cabo una colonización efectiva, aún en los momentos más culminantes de la historia francesa. El Gran Señor de 1750, como tipo, es el precursor del burgués de 1850, del rentista ingenuo, el que sólo de vez en cuando solía tornarse peligroso por su vanidad patriótica y cuya denominación en verdad no debía haber sido empleada por Marx para designarla como caracterización de la sociedad capitalista.

Capital es el vocablo supremo que indica la comprensión con que el inglés expresa su

concepto de la propiedad. Capital significa energía económica, pues es la armadura con la que se emprende la lucha por el éxito. Al noble francés, como al rentista francés, se oponen aquí los Reyes de la Bolsa, los del Petróleo y del Acero, cuyo anhelo es la satisfacción del conocimiento de su omnipotencia. Que un resfrío haga bajar las cotizaciones en cualquier parte del mundo, que un telegrama de tres palabras origine catástrofes en otro hemisferio de la tierra, que el comercio y las industrias de un país entero dependan de sus disposiciones de crédito, es su concepto de propiedad, y más bien de la propiedad privada. Hay necesidad de comprender lo patético de la expresión. El archimillonario exige independencia absoluta en cuanto a sus disposiciones y para proceder a su antojo en la situación mundial, sin otro patrón ético que el del éxito. Con todos los recursos del crédito y los de la especulación, abate a su contrario en el campo de la lucha. El trust es su patria, su ejército, y el estado político no pasa más allá que ser su agente, al que encomienda sus guerras, la española, como la sud-africana, los convenios y los tratados de paz. La extensión de los trusts es el anhelo de estos individuos abarcadores. Aunque el derecho de propiedad nominal no sea tocado, aunque disponga de su fortuna como capital

de renta con toda libertad, como herencia o en cualquier forma, el poder económico de su fortuna es dirigido de manera impalpable en sentido determinado y en esta forma el magnate adinerado es propietario en un sentido más elevado, y hay pueblos y naciones enteras que trabajan a sus órdenes silenciosas y en cumplimiento a su voluntad omnipresente. A esta comprensión de la propiedad, con la que se ha disfrazado el liberalismo mercantil, se opone el concepto prusiano: la propiedad no es botín particular, sino una comisión de la colectividad, no es expresión y medio del poder personal, sino un don confiado, de cuya administración el tenente es responsable ante la nación. La fortuna personal no es el conjunto de fortunas privadas, sino que la fortuna personal es función de la fortuna económica total. La expresión clásica de Federico el Grande debe ser siempre repetida: "Soy el primer servidor del Estado". Si cada uno hace suyo este lema, el socialismo ha llegado a ser realidad. No hay contraste más notable que con el lema de Luis XIV: "El Estado soy yo". Prusianismo y jacobinismo, instinto socialista e instinto anarquista, presentan el contraste más fuerte en Occidente, ya sea que se encuentren en los tronos o en las calles, y en este antagonismo reside la inextinguible enemistad de los dos pueblos.

Napoleón ha anotado en Santa Elena: "Prusia fué un impedimento para Francia, desde los días de Federico, y seguirá siéndolo; fué el mayor tropiezo con respecto a mis intenciones para con Francia".

En realidad, la forma en que se manifiesta el espíritu de revancha del obrero francés con respecto a la clase propietaria, es lo contrario a socialismo, pues viene a constituir comunismo en su acepción legítima. También el obrero pretende ser rentista. Odia la holganza de los otros, que no divisa modo de alcanzar. La igualdad de los gozes, igual posibilidad del ideal rentista, es para cada uno el anhelo sobre que se funda la célebre fórmula de Proudhon, netamente francesa: "La propiedad es un robo". Aquí la propiedad no significa poder, sino la posibilidad que brinda para el goce.

La comunidad de los bienes y no la formación de sociedades de producción, la repartición de las fortunas (todo deberá pertenecer a todos), y no la formación de fuerzas productoras, es el ideal francés, comparado con el inglés. Corresponde a este criterio la utopía socialista de Fourier: subdivisión del Estado en pequeñas asociaciones, comunas o falansterios, que se agrupan a fin de lograr un goce de vida, el mayor posible, con el menor esfuerzo.

Lo que pretende alcanzar la clase inferior inglesa, en lo que se refiere al ideal de propiedad de la clase superior dirigente, lo ha tratado de explicar Owen en una especie de reforma del capital. Pero se desconoce el sentimiento viking, si se cree que el capital anglo - americano retroceda un solo paso en su camino hacia el predominio económico mundial. La suposición previa es la independencia absoluta para actuar y la necesaria desigualdad que se deriva de las condiciones y aptitudes personales. El archimillonario anglo - sajón releva al socialismo autoritario por un socialismo particular que se ocupa en beneficencia y del bienestar de manera grandiosa, en el que una vez más se palpa con alborozo, el poderío de que se dispone, y por medio del cual vence al pueblo en el sentido moral. Bajo la forma brillante cómo se invierten estos millones, se olvida la manera cómo fueron adquiridos: es el temperamento de los antiguos corsarios que en el festín del castillo conquistado, arrojaban a sus prisioneros las migajas de sus banquetes. Este abandono voluntario de parte de la fortuna, refuerza el poder del resto. Y que este procedimiento no sea transformado en obligación, es en el fondo la manzana de la discordia entre los partidos económicos del futuro, tanto de Inglaterra como de Norte Amé-

rica. Hay la inclinación de ceder a un Gobierno de apariencia, amplios dominios de índole económica, que no se prestan a la especulación, tales como las minas y los ferrocarriles, pero se retiene el poder oculto de poder influir en el Gobierno por las formas democráticas del parlamentarismo, o sea por la compra de las elecciones o de la prensa, y con ello el voto de los electores y la opinión de los lectores, transformándolos en esta forma, en organismo ejecutor de los propios negocios. Se nos presenta así la tremenda esclavización del mundo por el mercantilismo. Su instrumento lo constituye hoy la Liga de las Naciones, verbi - gracia una reunión de pueblos, que posee un Gobierno propio estilo inglés, que en realidad viene a resultar un sistema de provincias, cuya población es explotada por la oligarquía negociante con la ayuda de parlamentarios y de leyes compradas, tal como pasó en el mundo romano con el cohecho de los senadores, los procónsules y los tribunos del pueblo.

Este sistema en gestación lo ha comprendido Marx y contra él se dirige todo su odio en su crítica de la sociedad. Pretende derribar la prepotencia de esta comprensión inglesa con respecto al poder de la fortuna privada, pero no establece sino una negación: "expropiación de los expropiadores, robarle a los

ladrones". Y sin embargo, en este principio anti-inglés, vemos incluido el prusiano: "con el respeto germánico absoluto por la propiedad, asignarle el poder que en ella descansa, pero no al individuo sino a la colectividad. Resulta así la socialización. Ha sido desarrollada con un instinto definido sin ser perturbada por teorías, desde el Gobierno de Federico Guillermo I hasta la época de Bismarck, por los ministerios de guerra de aquél hasta la política social del último, hasta que los marxistas fanáticos y renegados de la revolución alemana, se apresuraron en echar por tierra sus ideales básicos. La socialización no significa expropiación por y para el Estado, por el camino de la expropiación o de la expoliación. No es cuestión de pertenencia nominal sino de técnica administrativa. Por afición al término de batalla, adquirir establecimientos sin tasa ni medida y despojar a sus dueños de sus iniciativas y responsabilidades y transferirlos a una administración, que al final ha de perder todo control, viene a representar el aniquilamiento del socialismo. La idea primitiva prusiana es, considerado un riguroso respeto a la propiedad y el de heredad, subordinar la potencia productora a una adecuada legislación. Así la iniciativa privada, el talento, las energías y el espíritu, quedan subordinados a determinadas disposiciones y reglas,

como las del juego de ajedrez, cuyo dominio precisamente le permite al jugador desarrollar su juego. Así había quedado establecido de manera amplia en los carteles y sindicatos antiguos y había que extenderlas paulatinamente al trabajo, su honorario, la repartición de las ganancias y las relaciones entre el elemento ejecutante y el ordenador. Socialización significa la transformación paulatina durante decenios, de obrero a empleado económico, del empresario en empleado económico responsable, con poderes amplios, de la propiedad en una especie de feudo, a modo de los tiempos antiguos que queda sujeta a cierta suma de derechos y obligaciones. La voluntad económica permanece independiente como la del ajedrecista; el efecto va desarrollándose por el conducto regulado. El tipo del empleado prusiano, el primero del mundo, lo educaron los Hohenzollern. Es garantía para las posibilidades de socialización, por sus aptitudes sociales heredadas. Hace 200 años que por el sistema es lo que el socialismo representa como doctrina. Dentro de este tipo debe ser acomodado el obrero, cuando deje de ser marxista y retorne a manifestarse como socialista. El Estado del futuro será un Estado de funcionarios. Es la consecuencia inevitable de la suposición de la civilización establecida por nosotros. También el socialismo del archi-

millonario transformaría imperceptiblemente al pueblo en un ejército de empleados particulares. Los grandes trusts ya constituyen gobierno particular, que ejercen un protectorado sobre el gobierno oficial. El socialismo prusiano significa en cambio, la subordinación de estos diferentes Estados económicos de las diversas actividades bajo el patrimonio del Estado total. El motivo de lucha entre conservadores y proletarios, en el fondo no es la necesidad de la implantación de este régimen autoritario socialista, al que se puede escapar sólo aceptando el americano, (desco del liberalismo alemán) sino la cuestión de la dirección suprema. Existen en apariencia, las posibilidades del socialismo de arriba y de abajo, ambos bajo forma dictatorial. En realidad, ambos al final afectarán formas parecidas. Por el momento, no se reconoce porque ambos partidos, comprenden lo decisivo en la constitución. Pero no es cuestión de letras sino de personalidades. Si los conductores de obreros no logran a corto plazo desarrollar las cualidades de estadistas que precisan, vendrán otros a relevarlos en una organización que anule las diferencias entre obreros y empleados al facilitar a cada individuo capaz, una carrera ordenada, desde el trabajo manual más elemental hasta poder llegar a ocupar puestos inspectivos en la dirección de un cuerpo eco-

nómico. Bajo el dominio de un estadista nato coincidirán las finalidades conservadoras con las proletarias: la completa racionalización de la vida económica, no por medio de la expropiación, sino que por medio de legislación. La dirección suprema no podrá ser republicana. República significa, dejando a un lado todos los entusiasmos, la compra del poder ejecutivo por el capital privado. Un príncipe obedece a la tradición de su estirpe y a la comprensión de su investidura. Piénsese como se quiera, lo dispensa de los intereses políticos que se van desarrollando. Es un árbitro y si en un Estado que hemos supuesto socialista, los consejeros de profesión hasta el primer ministro representan una selección, de acuerdo con su capacidad práctica, puede llevar a cabo una selección más íntima, de acuerdo con sus dotes morales. Un Presidente o primer ministro, o un delegado del pueblo, son meros instrumentos de partido y un partido lo es de quien lo paga. Un príncipe es la única salvación frente al mercantilismo. El poder del capital reúne los principios socialistas y monárquicos. El ideal de la propiedad individual significa la subordinación del Estado a los poderes económicos independientes, lo que se denomina democracia, o sea la compra del gobierno por la riqueza privada. En una democracia moderna los conductores de las ma-

sas no combaten a los poseedores del capital sino al dinero mismo y a su poder anónimo. Se presenta ahora la cuestión de cuántos dirigentes podrán resistir a la influencia de este poder. Si se quiere saber cómo se diferencia una democracia no muy nueva y por lo tanto entusiasmada de su propia existencia, de otra que existe en las mentes ideológicas, basta con leer a Salustio con respecto a Catalina y Yugurta. No hay duda que nos esperan condiciones romanas, pero una ordenación monárquico-socialista las puede hacer inefficientes.

Son los tres ideales de propiedad los que se encuentran en lucha en la actualidad: el individualista y el socialista con las finalidades de la repartición, del entrustamiento y de la administración de toda la propiedad productiva del mundo.

24

He callado hasta el momento con respecto a Rusia y con deliberación, pues en este caso no se trata de la separación o distanciamiento entre dos pueblos, sino de dos mundos. Los rusos no constituyen un pueblo como el alemán o el inglés, pues presentan las probabilidades de muchos pueblos del futuro como la época de los germanos en tiempos de los Carlovings. El ruso es la promesa de una cul-

tura del porvenir, en tanto que las sombras vespertinas se van extendiendo sobre el Occidente. El distanciamiento entre el espíritu ruso y el de Occidente hay necesidad de trazarlo con toda exactitud. Aunque el contraste espiritual, religioso, político y económico de los ingleses, alemanes, franceses sea de lo más profundo, forman un mundo cerrado, comparado con el ruso. Nos dejamos seducir por algunos de sus individuos de tinte occidental. El verdadero ruso en lo más íntimo, sigue siéndonos tan extraño como un romano en la época de los reyes o los chinos de la época antes de Confucio si aparecieran de repente ante nosotros. El ruso siempre así lo había comprendido al trazar un límite muy marcado entre su "madrecita Rusia" y el resto de Europa.

Para nosotros el alma primitiva rusa oculta por la mugre, la música, el alcohol, la sumisión y una nostalgia peculiar, es algo insondable. Nuestros juicios, de individuos de cultura muy diferente, llegados a madurez tanto en espíritu como en urbanismo, han sido conformados por nosotros. Lo que "reconocemos" no es el alma que recién emerge, de la que Dostoiewski se expresa en frases de desamparo, sino el convencimiento que de ella nos formamos, determinado por las manifestaciones superficiales de la vida y de la litera-

tura rusa y que por las expresiones propias nuestras como voluntad, razón y alma de nuestras propias experiencias, resultan falsificadas. Sin embargo, en algunos es una impresión difícil de expresar en palabras lo que no deja dudas del profundo abismo que nos separa.

Este infantil pueblo ruso, pleno de anhelos, ha sido envenenado, herido, martirizado por una cultura varonil, perfeccionada, extraña y señorial. Ciudades al estilo nuestro, con las pretensiones de nuestra índole espiritual, han sido encarnadas en esta población. A su infantil entendimiento se le ha inoculado ideas, conceptos de vida, de pueblo y de las ciencias. Por los años de 1700, Pedro el Grande obliga al pueblo a aceptar el estilo barroco, la política de los gabinetes y del de la casa reinante, de la administración y del ejército, todos de cuño occidental. Por los años de 1800 les llegan las ideas inglesas en engaste de los escritores franceses, que confunden las cabezas de la delgada capa de los dirigentes. Y ya antes de 1900, los maniáticos por los libros de la inteligencia rusa introducen el marxismo, un producto en extremo complicado, de dialéctica europea y de cuya esencia no tienen ni la más remota idea. Pedro el Grande ha transformado el zarismo netamente ruso en una gran potencia de régimen occidental y con

ello ha pervertido su desarrollo natural y la inteligencia rusa, resto del espíritu ruso prostituido en esas extrañas ciudades, prostituyó también el pensamiento primitivo del pueblo con sus anhelos por una estructura propia, ubicados en un remoto futuro, revistiéndolos del doctrinarismo infantil y vacío del agrado de revolucionarios franceses profesionales. El petrinismo y el bolcheviquismo han transformado, en la misma forma descabellada y fatal, esas incomprendidas creaciones de occidente, como la corte de Versalles y la comuna de París, gracias al espíritu superficial y de humildad del pueblo frente a las realidades. Sin embargo, sus instituciones dependen de la superficie de la idiosincrasia rusa y tanto la una como la otra, están expuestas a las posibilidades permanentes de una desaparición súbita o de un retorno a la forma antigua. El pueblo ruso no ha tenido más que experiencias religiosas, no sociales ni políticas. No se comprende a Dostoiewski, un santo irrisorio y absurdo, si se consideran sus problemas en otra forma que las del fondo de sus novelas. Sus realidades se encuentran más bien entre líneas que en el enunciado y alcanzan en su obra "Los hermanos Karamazov" una profundidad religiosa comparable sólo a la del Dante. La política revolucionaria proviene en verdad de un reducido núcleo, que no es ruso legítimo,

advenido de las capas extrañas de las grandes urbes rusas y que se debate entre las formas doctrinarias forzadas por una parte y en la oposición instintiva por la otra.

De ahí, ese terrible odio ruso primitivo contra el Occidente, el tósigo en el propio cuerpo, que se percibe por los dolores internos de Dostoiewski y los recios arrebatos de Tolstoi, como también por la paciente sensibilidad del humilde, odio inconsciente, oculto bajo un verdadero amor, contra todas las manifestaciones de voluntad fáustica, contra las ciudades, a la cabeza San Petersburgo, que se han levantado como puntos de apoyo de la voluntad de estas poblaciones, de estas interminables estepas; contra las ciencias y artes, el pensamiento, el sentimiento, el Gobierno, la justicia, la administración, el dinero, las industrias, la educación y la sociedad, en resumen contra todo. Es el odio primitivo del apocalipsis contra la cultura antigua y un amargo recuerdo de la época de los Macabeos y de la época que condujo a la destrucción de Jerusalén y que son los fundamentos del bolcheviquismo. Su estructura doctrinaria no habría generado la intensidad con que aún perdura. El movimiento mismo es impulsado por las fuerzas subterráneas hacia el oeste, que primitivamente se habían manifestado en el petrinismo y que como manifestación de este petrinismo también

debe ser aniquilado para obtener la liberación de Europa.

El proletariado occidental pretende modelar la civilización de poniente a su manera; el ruso intelectual quiere destruirla en los más de los casos en contra de sus convicciones, que flotan sobre la superficie de sus instintos. Es la esencia del nihilismo oriental. Nuestra civilización ha mucho que ha llegado a ser urbana; allá no hay sino pueblo. El ruso verdadero es campesino sin distinción, sea científico, sea funcionario. Esta imitación de las ciudades de Occidente no lo mueven a interés. A pesar del marxismo legítimo no le interesan más que el cultivo de las tierras. El "obrero" es un error. La tierra virgen es la única realidad, tal como en la época de los Carlovíngios entre los germanos. Esta etapa de la vida hace un milenio que ha pasado para nosotros. No nos comprendemos los unos a los otros. Nosotros, los europeos de Occidente, ya no podemos vivir en intimidad con el suelo primitivo. Si llegamos a trasladarnos al campo, acarreamos con la ciudad, con todas las hilaciones espirituales, en especial las de la sangre y no como el ruso intelectual sólo con la cabeza. El ruso arrastra con su aldea hacia esas ciudades rusas. Siempre hay que diferenciar el alma rusa, la conciencia de los dirigentes, de los instintos de los conducidos,

para comprender el abismo infranqueable entre "socialismo oriental y occidental". ¿Qué otra explicación tiene el paneslavismo que la de una máscara político-occidental para la comprensión de una magna misión religiosa? El obrero ruso, a pesar de todos los términos de batalla industriales, como mayor valor y expropiación, no se transforma en obrero de gran urbe, no es individuo de tropel como en Manchester, Essen o Pittsburg, sino un segador y labrador de campo, obligado a la deserción y con un odio inveterado contra aquéllos que lo han forzado a abandonar su vocación, de lo que su alma no puede desligarse. Es indiferente el ideal con que trabaja el bolchevismo. Si en sus programas se hubiese estatuido lo contrario, la misión inconsciente de la Rusia por despertar sería siempre la misma: el nihilismo.

Pero la hez de nuestras ciudades se entusiasma por él. Ha llegado a constituir una obsesión en cerebros flojos y desequilibrados, un arma de las corrompidas almas de las urbes mundiales, una expresión de sangre descompuesta. El espartaquismo de salón se junta con la teosofía y con el ocultismo, nos impresiona no como lo comprendían los esclavos de Roma, sino como lo interpretaron los romanos degenerados. Que haya hecho su entrada a Berlín se relaciona con la colosal

mentira de esta revolución, en la que ya no iba quedando nada de verdadero. Que aquí algunos insulsos idiotas establecieron consejos de campesinos a imitación de los soviets, sin sospechar que allí era cuestión de tierras y aquí nada más que cuestión urbana, no quiere decir gran cosa. En Alemania el espartaquismo comparado con el socialismo no tiene porvenir. Pero el bolchevismo se apoderará de París y aquí satisfará, fundido con el sindicalismo anárquico, al alma francesa, cansada y ávida de sensaciones. Será la forma que afectará el *Tædium vitæ* de esta gigante urbe mundial, harta de vida. Como es un tósigo peligroso, a un espíritu refinado le presenta un mejor futuro en el Occidente que en el Oriente.

En Rusia será relevado por una única forma posible para este pueblo, por un nuevo zarismo bajo cualquier aspecto y es de sospechar que se acercará más a las formas prusianas socialistas que a las parlamentarias capitalistas. El porvenir de la Rusia subterránea no está en la solución de dificultades políticas o sociales, sino que en la propagación de una nueva religión en preparación, la tercera derivada de las grandes posibilidades del cristianismo, en forma semejante a la iniciación inconsciente de la segunda hacia el año 1000, por la cultura germánica occidental.

Nosotros, los individuos de Occidente, en materias religiosas hemos concluído. La religiosidad primitiva de las almas de nuestras ciudades, se ha transformado en problema intelectual. La iglesia ha llegado a su mayor auge con el tridentino. Del puritanismo ha provenido el capitalismo, y del pietismo el socialismo. Las sectas anglo-americanas representan la necesidad que tienen los hombres de negocios de ocupar sus mentes con asuntos teológicos. Nada más lamentable que las tentativas de cierto protestantismo de tratar de reanimar su cadáver por medio del estiércol bolchevique. En otras partes se han hecho tentativas semejantes por medio de ocultismo y teosofía. Y no hay quimera mayor de que la religión rusa del porvenir vaya a fecundar a la de Occidente. No debe haber duda: el nihilismo ruso se ha dirigido en sus odios contra el gobierno, el saber, las artes y contra Roma y Wittenberg, cuyas formas se manifiestan en todo el espíritu de la cultura occidental, y que pretende herir. El pueblo ruso se apartará de este desarrollo y por sobre Bizancio, tratará de reanudarlo, partiendo de Jerusalém.

En esta forma, hemos vuelto a expresar la escasa significación del bolchevismo, esta sangrienta caricatura de los problemas occidentales, y que a su vez ha emanado de la re-

ligiosidad occidental para la solución de los problemas mundiales, que presenta en la actualidad el Occidente y que incluye tan sólo a la Rusia superficial: y que es la elección entre la ideología prusiana o inglesa, entre socialismo o capitalismo, gobierno legítimo o parlamentarismo.

25

Resumo: lo que se ha tratado en esta corta reseña, es una imagen de la actualidad que presento a aquella fracción de nuestro pueblo que revestido de energía, disciplina y superioridad espiritual, está llamado a dirigir los destinos de la próxima generación y de la forma cómo nos impulsa el destino.

Sabemos lo que se encuentra en juego: no es sólo el destino alemán, sino el de toda la civilización. Es una cuestión decisiva, no sólo para Alemania, sino para el mundo y que debe ser resuelta en Alemania en beneficio del mundo. ¿Es que en el futuro el comercio ha de dirigir a los gobiernos, o es que el Estado deberá dirigir al comercio? Ante esta cuestión, prusianismo y socialismo se identifican. Hasta el momento no lo habíamos querido comprender. Ni lo queremos aceptar. La doctrina de Marx y el egoísmo de clases, son responsables que ambos, tanto el proletariado

socialista como el elemento conservador, recíprocamente, no hayan logrado comprenderse y que no hayan comprendido lo que es socialismo.

En la actualidad la identidad de los anhelos no puede dejarse de reconocer. El prusianismo y el socialismo unidos, están frente a la Inglaterra interna, la comprensión mundial que ha infiltrado a nuestro pueblo, que lo paraliza y que lo ha desalmado. El peligro es grande. ¡Malhaya, de aquéllos que escabullen esta hora por egoísmo o por ignorancia! Se perderán ellos mismos y arrastrarán a los demás. La unión es el ideal de los Hohenzollern y simultáneamente será la liberación del obrero. Hay salvación sólo para ambos o para ninguno.

El proletariado debe desprenderse de las ilusiones del marxismo. Marx está muerto. El socialismo, como forma de vida, está iniciándose, pero el socialismo, como movimiento singular del proletariado alemán, ha fenecido. Para el obrero no existe más que el socialismo prusiano o nada.

Los conservadores deben vencer egoísmos, por cuya razón el gran elector le puso al Capitán von Kalcktein la cabeza a sus pies. La democracia, valorícese como se quiera, es la forma del siglo que se mantendrá. Para un Estado no hay más que democratización o na-

da. Para los conservadores no queda sino un socialismo consciente o el aniquilamiento. Pero precisamos la liberación de los moldes de la democracia anglo-francesa, pues tenemos nuestra propia modalidad.

La pretensión del socialismo es que no domine en la vida el contraste entre rico y pobre, sino que la jerarquía, consecuencia de la capacidad y de las aptitudes de la persona. Así comprendemos nuestra libertad, la liberación con respecto al despotismo económico del individuo.

Lo que espero es que no permanezca en el anónimo el individuo que por sus aptitudes sea el indicado para el mando, y que no ordene nadie que por su talento, no le corresponda. Socialismo significa obrar, no deseos. No decide la intención sino la ejecución. Apelo a la juventud. Apelo a todos aquéllos que tienen médula en los huesos y sangre en las venas. ¡Eduquéense todos! ¡Sed todos hombres! No necesitamos ideólogos, nada de palabrería, de educación o de ciudadanía mundial y de misión espiritual de los alemanes. Necesitamos firmeza, un valiente escepticismo y una clase de naturalezas socialistas señoriles. Una vez más: socialismo significa poder, más poder y una vez más, poder. Los planes y las ideas son nulas sin poder. El camino hacia el poder queda indicado. La

parte más valiosa del proletariado alemán, en unión con los más conspicuos portadores del sentimiento prusiano estadual antiguo—ambos decididos para el establecimiento de un Estado socialista rígido, para una democratización en el concepto prusiano, ambos forjados por la unidad del sentimiento del deber, por la convicción de una gran empresa, por la voluntad de obedecer, a fin de poder mandar, morir a fin de poder vencer, por la facultad de poder llevar a cabo sacrificios sobrehumanos, a fin de poder lograr el objeto para lo que hemos nacido, para lo que somos y para lo que sin nosotros no podrá existir—han de cumplir su misión.

Somos socialistas. No queremos haberlo sido en vano.

F I N



TALLERES GRAFICOS

Teatinos 754

PRECIO \$ 7.--